

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

VER A ELSA Y MORIR

keith luger



Don Trévor mostró sus cinco naipes.

Era un *full* de ases.

Se había jugado el resto, unos dos mil quinientos dólares, con el tipo macilento que se sentaba enfrente, que respondía al nombre de Melva Holmes.

—Creí que era un farol —dijo Melva—. Yo sólo tengo un trío de reinas.

Los otros jugadores no habían participado en aquella mano.

Don Trevor atrajo hacia su parte el dinero.

En aquel momento sonó el teléfono.

NOTA: Publicada por editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo con el número 221 en el año 1966.



Keith Luger

Ver a Elsa morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1442

ePub r1.0

Lds 06.12.18

Título original: *Ver a Elsa morir*

Keith Luger, 1978

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Don Trévor mostró sus cinco naipes.

Era un *full* de ases.

Se había jugado el resto, unos dos mil quinientos dólares, con el tipo macilento que se sentaba enfrente, que respondía al nombre de Melva Holmes.

—Creí que era un farol —dijo Melva—. Yo sólo tengo un trío de reinas.

Los otros jugadores no habían participado en aquella mano.

Don Trevor atrajo hacia su parte el dinero.

En aquel momento sonó el teléfono.

Estaban jugando en la habitación del hotel de Melva, en el hotel Impere.

Él macilento huésped se levantó de la silla y atendió la llamada.

—Para ti, Don.

—¿Quién es?

—No lo dijo.

—¿Hombre o mujer...?

—Hombre.

—¿Por qué no le dijiste que no estoy...? Ahora sólo le interesan las pelirrojas.

Los otros jugadores rieron, pero Melva torció la boca porque no le gustaban los chistes de un rival, sobre todo cuando estaba perdiendo.

—Dijo que era urgente e importante.

—Está bien, ya voy...

Don tomó el auricular.

—¿Sí...?

—Hola, Don. Soy Eddie Arable.

—¿Eddie *el Gordo*?

—¿A qué otro lo llaman así? —rió su interlocutor al otro extremo del cable.

—Eddie, hace más de dos años que no nos vemos.

—Yo diría que pasaron tres desde la última vez que estuvimos juntos... Fue en San Luis, en la primavera del sesenta y tres. Yo había elegido a aquella rubia platino y tú me la quitaste.

Eddie rió con su risa asmática, dando resoplidos.

—¿Cómo te enteraste que estaba aquí, Eddie?

—Conozco a un jugador. Me invitó a tomar parte en una partida en la habitación de un tal Melva Holmes y al citar los jugadores, te nombró.

—Me gustará verte.

—¿Qué te parece dentro de una hora?

—No podré, Eddie.

—¿Cuándo...?

—Lo tendremos que dejar para mañana. La partida está caliente.

—Sí, comprendo... Pero te conviene dejarla. Yo te voy a pagar bien...

—¿Tú, Eddie...? ¿Me estás ofreciendo un trabajo...?

—Sí, eso es. Podría llamarse así, un trabajo...

—Perdona, Eddie, pero te repito que no puedo dejar la partida. Imagino que lo tuyo puede esperar a mañana.

—No, Don, no puede esperar... Te lo aseguro. Es cuestión de vida o muerte.

—Eddie, conozco tu gusto por el drama. De un granito de arena haces una montaña.

—Te juro que esta vez no hago teatro... Don, deja esa partida y ven... Vas a ganar mucho, unos cuantos miles..., digamos cien mil.

—Eddie, ¿qué es lo que te traes entre manos?

—Ahora no te puedo informar. Mira, te espero en la habitación número 17 del hotel Jefferson... Está dos calles más abajo de donde tú te encuentras ahora, yendo hacia el norte.

—Escucha esto, Eddie. Voy a seguir jugando porque no puedo retirarme, pero, cuando termine, en vez de ir a dormir, pasaré por tu habitación.

Hubo un silencio.

—¿De acuerdo, Eddie? —dijo Don.

—Está bien. Si no queda más remedio, esperaré.

—Buen chico —repuso Don y colgó.

Eran las nueve de la noche.

Reanudó la partida de póquer.

Tuvo una mala racha y a las diez estaba perdiendo unos trescientos dólares. Pero entre las diez y las doce las cosas volvieron a su cauce.

Recuperó los trescientos y ganó casi cuatro mil.

Dos hombres se habían retirado poco antes.

Ahora el huésped de la habitación, Melva, parecía muy agotado en los dos sentidos. En cuanto a la cartera, y a las condiciones físicas. Los párpados se le cerraban y hacía esfuerzos por mantenerlos abiertos.

—¿No sería mejor que lo dejásemos? —sugirió Don después de enseñar un póquer de nueves.

Melva se pasó la lengua por los labios.

—Ya sé lo que vas a decir. Que podemos reanudar la partida mañana.

—No tengo inconveniente —asintió Don.

—Nada de eso —repuso Melva—. Vamos a continuar —se dirigió al tercer jugador, Clark Boyd—. ¿Estás de acuerdo, Clark?

—Sí —dijo Clark y se puso a barajar los naipes.

Don Trevor dio un suspiro.

Había quedado intrigado con la conversación telefónica con Eddie y quería ir a su lado para saber de qué se trataba.

* * *

Eddie *el Gordo* paseaba de una pared a otra por la habitación número 17 del hotel Jefferson.

Se quitó la punta del cigarrillo de los labios y lo arrojó al cenicero, que estaba lleno de colillas.

Atrapó la botella de *whisky*. Sólo quedaba un dedo de licor. Lo bebió de un solo trago y luego arrojó la botella a la cama.

Consultó su reloj. Eran las doce. Había intentado dormir sin conseguirlo.

Descolgó el teléfono. Era la cuarta vez que lo hacía.

—Oiga, ¿no ha venido mi amigo...? Ya sabe, Don Trevor.

—No, señor. Hasta ahora nadie preguntó por usted.

—Está bien. ¿Quiere hacerme un favor...? Suba una botella de *whisky*.

—Lo siento, señor Arable, pero el bar está cerrado.

—Me importa un rábano que el bar esté cerrado. Traiga una botella de *whisky* y cuente con tres dólares de propina... ¿Está bien así?

—Intentaré servirle, señor Arable.

—Eso pensé —repuso Eddie y dejó el auricular en la horquilla.

Se frotó la mejilla. La barba le había crecido. Eso era lo lógico en él. La barba le crecía mucho. Tenía que afeitarse un par de veces por día.

Bueno, mientras le subían la botella de *whisky*, se daría una pasada.

Enchufó la maquinilla en el baño y empezó a rasurarse.

Pensó que le habría convenido traerse una chica a la habitación. Con ella, el tiempo habría corrido más aprisa.

¿Y si Don se veía Obligado a continuar la partida de naipes hasta el día siguiente...? En tal caso, su espera sería inútil.

¿Por qué no llamar otra vez al hotel Impere para cerciorarse?

De pronto oyó un chasquido. La puerta había sido abierta. Sería el empleado con la botella de *whisky*. Desenchufó la maquinilla y al volverse se quedó helado.

No, no era el empleado del hotel. Tenía dos visitantes.

Uno era alto, de nariz aguileña y ojos duros como el pedernal.

El otro rubio, de ojos verdosos, que brillaban regocijados.

No los había visto nunca antes de ahora.

—¿Cómo estás, Eddie *el Gordo*...? —preguntó el alto.

—Bien.

—Lo celebramos mucho. —¿Quiénes son ustedes...?

—Adivínalo...

—No comprendo...

—Nosotros te ayudaremos a entender. Queremos la mercancía.

—¿La mercancía...?

—No te hagas de nuevas. Sabes perfectamente de qué se trata.

Eddie tragó saliva.

—Oigan, les aseguro que sufren un error... No soy la persona que buscan.

—Contigo no hay pérdida. Eso es lo malo para ti. Estás demasiado gordo y por eso te llaman Eddie *el Gordo*... Te habríamos encontrado hasta en el Carnaval de Río... ¿Lo viste alguna vez, Gordo...? ¿Viste alguna vez el Carnaval de Río...?

—Sólo en películas.

—Pues, te diré. Allí las personas parece que se vuelven locas. Acuden de todas las partes del mundo... Son centenares de miles de hombres y mujeres bailando por la calle y en los salones... Sí, señor, bailan hasta cuando comen, y la mayoría van disfrazados... Si hubiésemos tenido que buscarte allí, también te habríamos encontrado a la primera. ¿Y sabes por qué...? Por tu culpa, porque eres gordo, demasiado gordo.

En la frente de Eddie habían empezado a formarse pequeñas gotas de sudor.

—¿Quién os manda...?

—¿Qué importa eso...? Tú nos largas la mercancía y lo demás no importa, Gordo.

—No la tengo.

—¿Qué cosa no tienes...? ¿Una rubia...? ¿Una colección de mariposas...? ¿Una pistola?

—La mercancía.

—No, eso no lo puedes decir. Gordo. Te admitiremos que no tienes la rubia, que no tienes las mariposas, que no tienes la pistola, pero tú tienes la mercancía...

Sobrevino una pausa.

Eddie movió la cabeza en sentido negativo. Su triple papada se estremeció como la gelatina en un plato. —Me la robaron— dijo Eddie.

Sus dos visitantes parecían estatuas, sobre todo el rubio, que no había hablado.

Pero ahora se puso en movimiento.

—Dame esa maquinilla —dijo.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué...? ¿Para qué se quiere una maquinilla de afeitar...? Tengo las patillas demasiado largas... Se lo dije hoy al barbero, pero se le fue el santo al cielo. No me rebajó las patillas como a mí me gustan... ¿Está claro para qué quiero la maquinilla, Gordo?

—Sí —dijo Eddie y le dio la maquinilla.

El rubio le sonrió y dio un paso hacia el enchute de la pared.

De pronto se volvió como un rayo y pasó el cordón de plástico por la cabeza de Eddie.

El Gordo dio un grito, pero el cordón ya le estaba apretando el pescuezo.

Su cara se puso muy roja y sus ojos se desorbitaron. Le faltó la respiración y sus piernas se doblaron.

Cayó en el suelo arrodillado.

Entonces, el rubio pasó por detrás de él y le aflojó un poco el cordón.

—Mírame, Gordo —dijo el alto.

Eddie casi no podía levantar la cabeza porque el cordón se lo impedía.

—Empezaremos otra vez por el principio, Gordo. ¿Dónde está la mercancía?

—Yo la tenía...

—Eso ya lo sabemos.

—Me la quitaron...

—¿Quién?

—No lo sé.

El alto hizo una señal al rubio y éste apretó de nuevo, apoyando las rodillas en la espalda de Eddie.

—Cuidado, muchacho —dijo el alto—. Lo vas a matar.

—No hay cuidado, el Gordo resiste mucho. Tiene un buen cuello. Está lleno de grasa.

—Déjalo un momento. Seguro que esta vez habla.

El rubio aflojó el cordón, pero entonces Eddie se derrumbó en el suelo.

Los dos asesinos se quedaron mirando a su víctima.

Los ojos de Eddie parecían dos grandes globos a punto de estallar. Su boca abierta, y por una de las comisuras expelió una espuma babosa.

—Maldita sea, lo has matado —dijo el alto.

El rubio se agachó sobre Eddie y le puso la mano en el pecho.

—Sí, creo que sí...

—La has hecho buena.

—Fue un accidente. Yo no quería matarlo, tú lo sabes...

—Basta ya.

El alto salió del baño y el rubio lo siguió.

Se pusieron a registrar la habitación.

Buscaron en todas partes, en una maleta, en el armario... Después pasaron al cuarto de baño, donde yacía el cadáver de Eddie.

Examinaron bien los grifos, el tubo de desagüe, el inodoro...

No dejaron rincón sin examinar.

Finalmente se dieron por vencidos.

El alto dio un suspiro.

—Por esto no nos van a dar una medalla.

El rubio pegó una patada en el trasero de Eddie *el Gordo*.

—Este condenado no debió morir tan pronto... ¿Quién iba a imaginar que iba a resistir tan poco...?

—Vamos ya —dijo el alto.

Poco después, los dos asesinos salían de la habitación.

* * *

Don Trevor entró en el hotel Jefferson. El encargado del registro tenía una botella de *whisky* sobre el mostrador.

—Soy Don Trevor.

—Ah, sí, el amigo del señor Arable. Él lo espera. Justamente me disponía a subirle esta botella de *whisky* que pidió.

—Yo mismo se la llevaré.

El empleado pensó que iba a perder los tres dólares prometidos por Eddie.

—Iré con usted. Se pasa aburrido aquí dentro, sin estirar las piernas... Por cierto, dos amigos del señor Arable acaban de marcharse... Estuvieron unos minutos con él.

Don no hizo comentario alguno.

Subieron en el ascensor hasta la primera planta.

—El empleado llamó a la puerta número 17.

Transcurrieron unos segundos y, como no abriesen, comentó.

—Quizá se ha dormido.

Don abrió la puerta y pasó al interior.

—Eddie... —dijo.

La puerta del baño estaba abierta.

Vio a Eddie tendido en el suelo, los ojos muy abiertos, y el rostro cárdeno.

—Dios mío —dijo el empleado a su espalda.

La botella de *whisky* cayó al suelo y se rompió.

Don ya se había agachado sobre su amigo. Le desabrochó rápidamente el cuello de la camisa.

Pero, al contacto con la piel de Eddie, se dio cuenta de que ya no podía hacer nada por él porque había dejado de existir.

Miró al empleado que estaba en el hueco de la puerta, tan blanco como la pared.

—¿Cuál es su nombre?

—Jack... Collig... Colligne... —tartamudeó el otro.

—Dijo antes que dos amigos vinieron a visitar al señor Arable.

—Sí...

—¿Dijeron sus nombres?

—No.

—¿Qué fue lo que dijeron?

—Que tenían que resolver un negocio con el señor Arable... Les advertí que lo estaba esperando a usted.

—¿Les dijo mi nombre?

—Sí.

—¿Cómo eran ellos?

El empleado dio la descripción del alto y del rubio, pero Don no los identificó con personas conocidas.

—Dios mío —volvió a decir Jack—. Tendremos que avisar a la policía.

—Espere —dijo Don levantándose.

Pasó al dormitorio. Abrió el armario y vio la maleta despanzurrada y toda la ropa en el suelo.

Ahora ya estaba seguro de que Eddie le había dicho la verdad, que le iba a ofrecer un negocio con una ganancia de cien mil dólares.

Los dos asesinos habían ido allí en busca de algo y, seguro que lo habían conseguido.

Sin embargo, preguntó al empleado:

—¿Le dejó algo el señor Arable en depósito...?

—Sí.

—¿Qué cosa...?

—Un maletín.

—Démelo.

—Oh, no puedo. Usted ya sabe. La policía debe hacerse cargo de todo lo que pertenecía al señor Arable. Esto ha sido un homicidio.

Don sacó un grueso fajo de billetes. Había tenido suerte en la partida retirándose con tres mil dólares de beneficios.

Apartó un billete de a cien dólares y lo alargó a Jack.

El empleado parpadeó.

—¿Qué quiere, señor Trevor...?

—El maletín que le dejó el señor Arable, sólo eso...

—Pero ¿qué es lo que contiene?

—No lo sé. Y creo que a usted no le conviene saberlo.

—Es contrario a la ley.

—Ninguno de los dos sabemos lo que hay en el maletín. Puede que no haya nada y usted no tiene que decir a la policía que el señor Arable se lo dejó en depósito... Se gana cien dólares y se acabó.

—Pero he de hablarle de usted...

Don apartó otro billete de a cien dólares.

—Este otro billete para que se olvide de mí. Nunca vine aquí y nunca Eddie me estuvo esperando... Usted no me conoce.

—No puedo hacer eso.

—Oiga, Jack. Tiene que ser juicioso... Yo entré aquí con usted. Los dos descubrimos el cadáver de mi amigo Eddie al mismo tiempo... Dígame con sinceridad, ¿qué ayuda puedo prestar a la policía?

Jack vaciló unos segundos.

—Sí, creo que tiene razón —dijo al fin—. Usted no puede ayudarles.

—Son suyos los doscientos dólares.

Jack tomó los dos billetes. Los palpó con sus dedos antes de guardarlos en el bolsillo. /

—Será mejor que nos demos prisa —dijo.

Don dirigió una mirada a Eddie.

—Lo siento, Gordo. Te fallé, aunque no fue mi culpa... Tú sabes que, si hubiese sabido algo de esto, habría dejado los naipes.

Sacó el pañuelo y limpió los lugares que había tocado.

Cuando llegó al registro, el empleado ya tenía el maletín sobre

el tablero. —Pesa muy poco— dijo.

Don tomó el maletín. Efectivamente no pesaba mucho.

—Hasta la vista —dijo.

Salió a la calle y fue donde había estacionado su auto.

Se alejó de allí rápidamente. Su hotel era el Florida.

Había llegado a Nueva Orleans dos días antes y jugó dos buenas partidas de póquer, que le proporcionaron una ganancia de cuatro mil dólares. Eso era él, un jugador profesional.

La policía no sentía simpatía por los jugadores profesionales.

Se metió en su habitación, la 122.

Dejó el maletín sobre la mesa, pasó al cuarto de baño y se lavó las manos.

Regresó al dormitorio y puso las manos en el maletín para abrirlo.

—Quédese como está —dijo una voz femenina.

Miró hacia la puerta.

Vio una pelirroja de unos veintiséis o veintisiete años que le estaba apuntando con una pistola.

—No la oí llamar...

—No llamé.

Su rostro era muy bello. Poseía un cuerpo que reunía todas las seducciones, desde el cuello hasta los tobillos. Su busto era desarrollado, pero no excesivamente, sino proporcionado a su esbeltez, y al perímetro de sus caderas. Se cubría con falda y chaqueta de un tejido liviano que marcaba con nitidez sus atractivas turmas.

—Voy a protestar ante la dirección —dijo Don—. No me gusta encontrarme con sorpresas en mi habitación, aunque la sorpresa venga muy bien servida.

—Gracias, Tú tampoco estás mal del todo.

Don le sonrió mientras se enderezaba.

—Le estaba diciendo a un amigo esta noche que llevo una temporada terrible con las pelirrojas. Y tú les ganas a todas.

Echó a andar hacia ella.

—Si das un paso más, te nieta una bala en el ombligo.

Don se detuvo porque ella había arqueado el dedo en el gatillo.

—Eh, gata, ¿por qué te pones tan furiosa?

—Porque no me gusta que me la peguen. Sólo he venido aquí

por el maletín...

—Está feo robar.

—¿Quién va a robar...? Ese maletín no es tuyo.

—Pero es de mi amigo.

—Yo fui a hablar con tu amigo, pero te vi salir con el maletín y decidí seguirte.

—Te diste mucha prisa, llegaste casi al mismo tiempo que yo.

—Nunca he tallado en los negocios que me interesan.

—¿Qué tienes que ver con Eddie Arable?

—Que te lo cuente él.

Don ya había llegado a la conclusión de que la chica ignoraba que Eddie *el Gordo* estaba muerto.

—Eddie no puede contar nada a nadie, rojiza.

—¿Se quedó mudo?

—Para siempre. Lo estrangularon.

—No me digas... Apuesto a que es una fábula...

—Anda, pelirroja, dime qué clase de negocio tenías con Eddie *el Gordo*.

—No te voy a decir nada.

—Eso no es correcto.

—Calla la boca ya y obedece... Ponte de cara a la pared... Vamos, rápido.

Don se movió hacia la pared más cercana y se dio la vuelta. Apoyó las manos en el muro.

—Más alto, sobre tu cabeza... Eso es, así me gusta.

Don oyó que ella se movía hacia la cama para haberse cargo del maletín.

—¿Qué es lo que contiene esa valija, rojiza?

—Nada que te interese.

—Sólo lo preguntaba por curiosidad.

—Entonces, sé menos curioso.

Don empezó a volverse.

—No hagas eso.

—Oye, todavía no me dijiste tu nombre.

—No te hace falta conocerlo. Tú y yo nos separaremos ahora.

—¿Por qué separarnos cuando podríamos hacer una buena amistad?

—Como chistoso no vas a ganar ningún premio.

La chica ya había atrapado la valija y Don volvió la cabeza.

La pelirroja había llegado hasta la puerta y estaba sonriendo.

—Gracias por el regalo —dijo y levantó el maletín.

—No hay de qué. Siempre me he sacrificado por las personas que me resultan simpáticas.

—Hasta nunca...

—Eso no es una forma de despedirse... Tengo la impresión de que nos volveremos a ver muy pronto.

—No intentes seguirme.

—No hace falta que te siga. El mundo es muy pequeño y ya te he dicho antes que eres una pelirroja como a mí me gusta.

—Vete al infierno —dijo ella y salió de la habitación.

CAPÍTULO II

La pelirroja llegó a su auto.

Iba a abrir la portezuela, cuando una mano la atrapó por el brazo.

Dio un grito mientras se volvía. Una mano cubrió su boca.

Delante de ella vio a un hombre alto, de nariz aguileña, cuyos ojos parecían de pedernal.

Oyó una risita. Quien la soltaba era un individuo que estaba a la derecha del alto. Un muchacho rubio, de ojos verdosos.

—Ya la atrapamos.

—Hola, preciosa —dijo el alto.

—Suélteme —gruñó ella por entre los dedos que le cubrían la boca.

—Sí, suéltala —dijo el rubio.

De pronto pasó algo por el cuello de la pelirroja. Era una media.

El alto abrió la portezuela.

Ella trató de gritar, pero el alto dio un tirón fuerte de la pelirroja.

Entre los dos hombres la metieron en el asiento trasero.

La pelirroja forcejeaba desesperadamente. Sabía lo que le esperaba. ¿No le había dicho aquel hombre, Don Trevor, que Eddie había sido estrangulado?

Eso era lo que también iban a hacer con ella. Ahogarla.

Quiso gritar, pero el aire había escapado de sus pulmones.

Vio la cara del rubio cerca de la suya.

Su boca sonreía derramando baba.

—¿Acabas de una vez? —le dijo el alto.

—Ya falta poco. No le coloqué bien la media.

—Estás fallando demasiado en tu trabajo.

—Todavía no. Ahora lo verás. —Dio otro tirón de la pelirroja.

Ella vio unas sombras negras. Sabía lo que era. El preludio de la muerte. No tenía salvación. ¿Por qué no se había quedado en el apartamento con aquel buen mozo...?

Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Estaba acabada.

—¿Es que no terminas? —dijo el alto.

—Ya está lista.

La pelirroja estaba vencida en el suelo del coche, como una muñeca.

El alto le tomó un brazo y lo soltó. El brazo cayó por la ley de la gravedad.

—No continúes. Está muerta.

Los dos hombres salieron del coche.

El alto llevaba el maletín en la mano.

—Eh, ustedes, ¿qué hacen ahí...?

El rubio se volvió mientras sacaba una pistola.

Había un hombre en la oscuridad, a unos diez metros.

Hizo un disparo y aquel hombre cayó en el suelo.

Ahora el alto y el rubio echaron a correr.

Don Trevor había sentido la bala junto a su sien. Pero se había dejado caer porque supo que, si no lo hacía, su agresor dispararía de nuevo.

De bruces, vio cómo los dos hombres desaparecían por una calleja.

Entonces se levantó y corrió hacia el auto, cuyas portezuelas estaban abiertas.

Se estremeció al ver a la joven en el piso del coche.

Tenía una media alrededor del cuello.

Su cara se parecía mucho a la de Eddie *el Gordo*.

Tenía los ojos fuera de las órbitas y entre sus labios asomaba la saliva espumosa.

Saltó del auto y echó a correr hacia la calle por donde había visto desaparecer a los dos asesinos.

Oyó el zumbido de un motor. Un coche se perdía a lo lejos.

Ya no podía hacer nada para atraparlos y volvió al coche de la joven.

Al llegar a su lado le tomó el pulso, comprobando que la chica estaba muerta.

Entonces vio asomar por entre los dedos de la pelirroja un papel. Todavía lo apretaba muy fuerte, como si quisiera defender su posesión.

Al fin, lo logró desprender de entre los dedos que parecían garfios.

Miró otra vez a la joven.

—Lo siento, pelirroja, te metiste en un asunto muy complicado que no era para ti...

Salió del auto y se encaminó al hotel.

El empleado del registro seguía dormitando, como cuando pasó por allí.

Fue a su habitación y desdobló el papel que la pelirroja había tenido entre sus dedos.

Era un mensaje cuyo contenido decía así:

«Ver a Elsa en Tampa, calle Oxford, número 227».

Eso era todo.

CAPÍTULO III

Don Trevor se detuvo en una estación de servicio.

Se encontraba a unas cien millas de Tampa.

Dejó el auto al muchacho para que le llenase el tanque y revisase el aceite, mientras él iba al bar.

Se sentó en la mesa de un rincón.

Una chica rubia, muy mona, le sirvió el pedido, huevos fritos con jamón y un doble de cerveza.

Empezó a comer y oyó a la chica rubia que estaba discutiendo con una mujer más mayor.

—Sube. El patrón te llama.

—¿Por qué no vas tú, Helen...?

—Porque eres tú la que tienes que ir. Sólo por eso, ¿lo oyes, Jeanne?

—Está bien, iré yo, pero si me pone las manos encima, juro que lo mato.

Helen sonrió cínicamente.

—Alguien se moriría porque el patrón le pusiese las manos encima.

—Te regalo el puerco.

Helen puso un emparedado y un vaso de *whisky* en una bandeja. La rubia tomó ésta y subió por una escalera que había al fondo.

Don continuó despachando sus huevos con jamón.

De pronto oyó un grito arriba.

Helen estaba mirando hacia la escalera, sonriendo.

Don se puso en pie y encaminóse hacia la escalera.

—Eh, ¿adónde va? —dijo Helen.

—Su patrón es amigo mío y todavía no lo saludé —contestó Don y continuó su camino.

Oyó otro grito femenino.

—Suélteme...

—Vamos, nena —contestó un hombre—. ¿Por qué has de ser tan quisquillosa...? Sólo te quería dar un beso.

—Se lo da a su abuela.

—Ya murió mi abuela y por eso te lo quiero dar a ti...

Don vio a la rubia forcejeando en el hueco de una puerta.

Ahora tiraron de ella hacia adentro. Don se coló por el hueco. La rubia gritaba:

—¡No me toque...! ¡Me da asco...! ¡Es usted repugnante, señor Surges!

El hombre soltó una carcajada. Trataba de besar a la muchacha en el cuello.

—Déjela —dijo Don con voz ronca.

El hombre la soltó y miró parpadeando a Trevor. Frisaba en los cincuenta años y tenía cara cerduna, ojos pequeños.

—Eh, ¿usted quién es...?

—Un ser humano. Todo lo contrario de usted, bicho.

Los ojos del patrón brillaron encolerizados.

—Ya sé, un entrometido que quiere ganarse a la muchacha.

—Olvídela.

—Le voy a romper las narices —dijo Surges.

—No lo intente.

Surges se abalanzó sobre Don, el cual saltó con agilidad hacia un lado y pegó un tremendo golpe a Surges en la cabeza, derribándolo en el suelo.

Sin embargo, se levantó enseguida, echando espumarajos por la boca.

—Te vas a acordar de este día para el resto de tu vida, entrometido.

—Será mejor que se conforme con Helen y deje en paz a Jeanne.

—Soy yo quien la elige —dijo Surges.

Don paró un golpe y contestó con un terrible mazazo al hígado.

La cara de Surges se puso cárdena.

Don no le dio otra oportunidad para rehacerse porque le tiró el puño entre los dos ojos.

Surges se derrumbó sobre la cama y de allí fue a parar al suelo.

Quedó de bruces, inmóvil.

Don se volvió hacia la rubia, que había presenciado la pelea pegada a la pared.

—Imagino que ya no puedes quedarte aquí. —No, señor.

—¿En cuánto puedes preparar tu equipaje? —En diez minutos.

—Está bien, date prisa. Yo no puedo esperar. También tengo mis planes. Imagino que podrás coger un autobús.

—Sí, desde luego...

—¿Qué haces ahí...? Empieza a moverte.

La joven dio media vuelta y salió de la habitación.

Surges seguía inconsciente.

De pronto, la puerta se abrió.

Dos hombres entraron en la estancia. Uno era alto, de nariz aguileña y otro rubio, de ojos verdosos.

Miraron a Surges, que continuaba tendido en el suelo, sin conocimiento, y luego a Don.

El alto sonrió.

—¿Es usted un caballero andante...?

—No, no lo soy.

—Defendió a una dama.

—Este puerco quería abusar de ella.

El rubio chascó la lengua.

—Mal, muy mal. Le pegó a un ciudadano y eso está castigado por la ley.

—¿Quiénes son ustedes...?

—Policías —contestó el alto.

—No creo que sean policías.

—¿Por qué no lo cree?

—Me he acostumbrado a su olor y ustedes no huelen como policías.

El rubio volvió a reír.

—Al muchacho le vamos a dar un premio, ¿verdad, compañero?

El alto sacudió la cabeza.

—Sí, le vamos a dar un premio, pero todavía tiene que contestar a la pregunta más importante, y entonces conseguirá la vajilla y el viaje a Miami por una semana, con alojamiento gratuito en el mejor hotel... Señor Trevor, debe estar muy atento a la pregunta que Je voy a hacer.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Eso no tiene importancia. La pregunta es la siguiente: ¿Dónde está lo que sacó del maletín que perteneció a Eddie *el Gordo*...?

Don frunció el ceño. Aquellos hombres tenían algo familiar para él y ahora comprendía de qué se trataba. Estaba dispuesto a jurar que eran los dos tipos que escaparon por la calleja. Y si no se equivocaba, quería decir que eran los asesinos de Eddie *el Gordo* y la pelirroja.

—Oiga, no sé de qué me habla.

—Malo —repitió el rubio.

El alto chascó la lengua.

—Ha dado la peor respuesta. Con ella no podrá conseguir la vajilla y el viaje gratis a Miami. Inténtelo otra vez, muchacho.

—No hay nada que intentar.

El rubio sacó una pistola y apuntó a Don.

En la estancia se hizo un profundo silencio.

El alto dio unos pasos y se sentó en el borde de la cama.

—Oiga, Trevor. No tenemos nada contra usted.

—Gracias.

—Nos encargaron un trabajo y hemos de cumplirlo. Usted se hace cargo, ¿verdad?

—Desde luego.

—El trabajo que nos confiaron consiste en dar con lo que contenía el maletín de Eddie *el Gordo*.

—No sé nada de eso.

—No se precipite, hermano. Sabemos muchas cosas de usted.

—¿Por ejemplo?

—Fue al hotel de Eddie *el Gordo*, y eso quiere decir que había acordado con él una cita.

—No, sólo fui a verlo.

—¿Y quién le dijo que estaba allí?

—Un amigo común.

—No le sirve, muchacho. Será mejor que ande más despierto con las respuestas. ¿Es que no se da cuenta de que el rubio le está apuntando con la pistola? Desde esa distancia no falla nunca. Le meterá una bala en la ingle y eso duele mucho.

—Debe doler.

—Entonces procure evitar la bala. ¿En dónde estábamos...? Oh, sí, en que usted fue al hotel de Eddie *el Gordo*, y ya no pudo hablar

con él como era su deseo. Pero usted anduvo listo y se llevó un maletín.

—No vi ningún maletín en la habitación de Eddie.

—Nosotros tampoco lo vimos. El maletín había sido depositado por el Gordo en el registro y usted lo sacó de allí. En resumen, Trevor, que le hemos seguido la pista.

—Sí, ya veo que se preocuparon por mí.

—El maletín le fue robado a usted por una pelirroja. Y nosotros se lo quitamos a ella. ¿Sigue el curso de los acontecimientos?

—No me pierdo una palabra.

—Así me gusta... Le explicaba que nosotros le quitamos el maletín a la pelirroja, pero entonces nos llevamos la gran sorpresa. El maletín no contenía nada. ¿Por qué?

—Eso, ¿por qué?

—Porque usted se había apoderado de lo que estaba allí guardado.

—¿Por qué no puede equivocarse? —Usted mismo nos dio la respuesta.

—No le entiendo.

—Eché a correr de Nueva Orleans.

—Tengo un negocio en otra parte.

—No, usted no tiene ningún negocio en otra parte, al menos desde un punto de vista personal. Usted es un jugador profesional y había encontrado un buen filón en Nueva Orleans. Sin embargo, se puso en camino hacia Tampa, en Florida.

—Tengo amigos en todas partes, y me llamaron de Tampa para decirme que tienen preparada una buena partida de póquer para mañana. Pregunte por Don Trevor en Nueva York, en Chicago, en donde quiera. Allí le dirán que yo viajo constantemente.

Hubo otro silencio.

Surges, el dueño del negocio, empezó a levantarse soltando quejidos...

El alto se miró el puño y, de pronto, lo dejó ir contra la cara de Surges.

Surges se derrumbó exhalando el aire como una res apuntillada.

El rubio se echó a reír.

—Lo tumbaste por más de la cuenta.

—Calla y atiende al muchacho.

—No dejo de apuntarlo. No te preocupes, no se va a marchar.

El alto se rascó una patilla y depositó la fría mirada de sus ojos de pedernal en la cara de Don Trevor.

—Usted lo está poniendo muy difícil, jugador. ¿Sabe lo que vamos a hacer...? El rubio le va a meter una bala en la ingle y después lo registraremos. Usted se estará muriendo y nosotros no podremos hacer nada por evitarlo, pero conseguiremos lo que vinimos a buscar... ¿Lo está oyendo, muchacho...? Anda, rubio, métele ya la bala.

CAPÍTULO IV

El rubio levantó la pistola para disparar.

En aquel momento se abrió la puerta y chocó contra el asesino.

El rubio trastabilló viniéndose hacia delante.

Don Trevor saltó sobre él yendo a su encuentro.

Le golpeó en la mano armada y, al mismo tiempo, le colocó el puño izquierdo en el maxilar.

El rubio soltó un grito, perdió el arma y se derrumbó sobre la pared.

El camino había quedado libre para Don Trevor.

El alto se levantó de un salto y trató de sacar la pistola.

Don le pegó un puntapié en la entrepierna y el alto se derrumbó soltando aullidos como un perro rabioso.

Entonces, Don tomó la pistola del rubio y salió de la habitación.

En el comedor estaba Jeanne, que era quien había abierto la puerta.

—¿Qué pasa...? —inquirió ella.

—No hagas preguntas y vámonos.

Los dos echaron a correr hacia la escalera.

Don ya tenía dos billetes de a dólar en la mano.

Al pasar por el mostrador los puso encima.

Helen, la compañera de Jeanne, dijo:

—Eh, Jeanne, ¿dónde vas?

—Me despedí del patrón.

—Deprisa, muchacha —dijo Don al llegar a la puerta.

Se metieron en el auto y Don también tenía el dinero preparado para pagar al chico de la gasolinera.

Poco después, el coche de Trevor corría por la carretera de Tampa.

Guardaron silencio durante un rato.

—¿Quiénes eran? —preguntó la muchacha.

—Dos asesinos.

—¿Por qué te quieren matar...?

—Eso es lo malo, que ni siquiera lo sé. Pero a ti no te importa. ¿Dónde está la próxima parada del autobús?

—Prefiero viajar contigo hasta Tampa.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho. Esos dos fulanos quieren matarme. Si te encontraran conmigo, lo pasarías mal.

—Yo creo que también me lo harían pasar mal si me encuentran en la parada del autobús. Gracias a mí pudiste escapar, ¿verdad?

—Sí —gruñó Don.

Pasaron por frente a una parada del autobús, pero Don no se detuvo.

—Enciéndeme un cigarrillo —dijo Don y le alargó un paquete y un mechero de gas.

—¿Puedo encender dos...?

—Desde luego.

Ella encendió dos cigarrillos y le dio uno.

—Oí un poco de vuestra conversación —dijo Jeanne—. Eres un jugador profesional y te llamas Don Trevor.

El la miró con los ojos entornados.

—Así que abriste la puerta intencionadamente, no fue casualidad.

—Era lo menos que podía hacer por ti. Me habías salvado de ese puerco.

—¿Cuánto tiempo llevabas en la estación de servicio?

—Una semana.

—¿De dónde eres...?

—De un pueblo de Louisiana.

—¿Familia?

—Sí, tengo a mi padre. Es viudo. Le advertí que si se casaba me marcharía. Aunque esté mal decirlo, mi padre abusa constantemente del alcohol. Se juntó con otra que tiene la misma afición del *whisky* que él. Intenté llevarme bien con ellos, a pesar de todo. Pero fracasé. Trabajaba como una esclava. Siempre se estaban

quejando de mí y un día mi padre me pegó. No lo pudo soportar... Escapé de noche, aprovechando una de sus borracheras. Compré un billete de autobús hasta donde pudiera llegar. Y justamente fui a detenerme en esa estación de servicio.

—¿Qué vas a hacer ahora...?

—No lo tengo pensado.

—Bueno, Tampa es una ciudad grande y allí encontrarás trabajo.

—Seguro, y también encontraré un patrón como Surges.

Don no dijo nada en un buen rato.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—No te creo.

—¿Cuántos piensas que tengo?

—Veinte, todo lo más. Me dijiste veintitrés para pasar por mayor de edad.

—Está bien, Don. Tengo veinte.

—Te llevaré a Tampa, a pesar de todo.

—Gracias, eres muy amable.

Trevor miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor, pero no había visto ningún auto sospechoso que los siguiese.

Un par de horas más tarde, llegaron a Tampa.

Don detuvo el coche en una calle importante.

—Bien, aquí nos separamos.

—¿Estás seguro de que no puedo servirte de ayuda, Don?

—No.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Está bien, ya me voy. Buena suerte.

—Lo mismo te deseo.

La joven saltó del auto con su maleta.

Don se apartó rápidamente de aquel lugar.

Había aprendido a lo largo de su vida que no debía ser un sentimental. Eso perdía a los hombres como él.

Preguntó a un agente por la calle Oxford y, recibida la información, continuó su camino.

La calle Oxford estaba en las afueras y parecía un lugar muy tranquilo, con árboles en las aceras.

El número 227 era una casa pintada de azul claro, con un jardín bien cuidado. El garaje tenía las puertas cerradas.

Subió al porche y apretó el timbre.

Pasó un minuto y volvió a apretar el botón.

Entonces se abrió la puerta y vio enmarcada a una mujer de unos cuarenta años, de mediana estatura, rolliza, de pelo blanco.

Don se dio cuenta de que los ojos de la mujer no lo miraban.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Mi nombre es Don Trevor, señora. ¿Es usted Elsa?

—No, mi nombre es Carole Shore.

—Señora Shore, vengo buscando a Elsa.

—¿Quién lo envía a usted?

—Eddie Arable.

—¿Por qué no vino él?

—Eddie está muerto.

—Oh, no...

—Sí, señora Shore.

—¿Cómo murió?

—Lo estrangularon.

La señora Shore retrocedió unos pasos y Don pensó que iba a caer. La tomó por el brazo y entró en la casa con ella.

—Dios mío, Eddie muerto...

—Señora Shore, fui uno de los mejores amigos de Eddie. Quiso hablarme antes de morir, pero yo no pensé que realmente estuviese en peligro. Encontré una nota en un maletín que Eddie había depositado en el registro del hotel donde fue asesinado. El mensaje sólo contenía unas palabras. Que viese a Elsa en esta dirección.

—Por favor, señor Trevor. ¿Quiere pasar al *living*?

—Desde luego.

Llegados al *living*, ella dijo:

Le prepararé un *whisky*.

—No hace falta.

—Yo lo necesito y no acostumbro a beber sola. —Dígame dónde está el *whisky*.

—No hace falta, conozco bien la casa a pesar de mi ceguera. Siéntese y enseguida se lo serviré.

Don se sentó en un sillón y la señora Shore se movió a su izquierda.

—¿Qué, le dijo Eddie?

—¿Acerca de qué?, señora.

—Del asunto.

—Le diré la verdad, señora Shore. No sé absolutamente nada acerca del asunto. Ya se lo expliqué antes: Imaginé que la mujer llamada Elsa me pondría al corriente. ¿Dónde está ella?

—En Tampa.

—Vaya —sonrió Don—. Al menos no perdí el viaje. Dígame dónde puedo encontrar a Elsa.

—Antes he de asegurarme de que es usted la persona que asegura ser.

—¿Y de qué forma lo va a comprobar...?

—Cuénteme cosas de Eddie.

—Eddie tenía cincuenta y dos años y pesaba ciento veinte kilos. Cabello castaño, ojos grises...

—Eso no me dice nada, señor Trevor. Usted ha podido verlo muerto y con eso le bastaría para darme una descripción.

—Está bien, le hablaré de Eddie. Los dos fuimos jugadores profesionales. Nos conocimos en Nueva York hace ocho años. Por aquel entonces, yo estaba empezando, pero Eddie llevaba muchos años en el oficio. Me enseñó muchas cosas. Formamos sociedad y ganamos bastante dinero. Pero luego, Eddie dijo que ya tenía bastante y se retiró. Yo sólo estaba empezando, de modo que me dediqué a trabajar por mi cuenta.

—¿Quién era la novia de Eddie en Nueva York...?

—Daisy Duna.

—¿Cuántos hermanos tenía Eddie?

—Ninguno.

—Sí, parece que dice la verdad. La señora Shore llegó junto a Don y le dio su vaso de *whisky*.

—¿Me va a hablar va de Elsa, señora Shore?

—Sí.

—¿Dónde la puedo encontrar...?

—En el edificio Salisbury, apartamento 34.

—¿Qué era Elsa de Eddie?

—Su socio en el negocio.

—¿Qué clase de negocio, señora Shore...?

La señora Shore todavía no se había sentado.

—Espere, tengo que coger mis cigarrillos.

—Puedo ofrecerle de los míos.

—¿Es rubio?

—Sí.

—Prefiero el negro.

La señora Shore echó a andar otra vez pasando por detrás de Trevor. Éste se encogió de hombros y bebió su *whisky*.

De pronto volvió la cabeza para ver a la señora Shore y tuvo la impresión de que la sangre se le helaba en las venas.

La señora Shore se le echaba encima con un cuchillo en la mano, los ojos desorbitados.

CAPÍTULO V

Trevor sólo tuvo tiempo para echarse a un lado.

El cuchillo pasó junto a su hombro y se hundió en el tapizado del sillón.

La señora Shore soltó un escalofriante aullido.

Dio un tirón y sacó el arma, dispuesta a clavar 1 hoja en la carne de Trevor.

Don se levantó del sillón y atrapó la mano de 1 señora Shore.

—¿Qué le pasa, señora Shore?

La mujer le pegó con el codo en la nariz.

Don retrocedió tambaleándose mientras sus ojos se le llenaban de lágrimas.

Lo señora Shore echó a correr rodeando el sillón.

Ahora Don supo que la señora Shore lo había engañado. No estaba ciega.

Bajó otra vez el brazo armado.

Don se dejó caer en el suelo.

La señora Shore perdió el equilibrio y se derrumbe.

Un grito mucho más escalofriante que los otros rasgó la atmósfera.

Luego, la señora Shore dio un estertor y se movió quedando boca arriba.

Se había clavado el cuchillo en el vientre.

Don acudió a su lado.

Los ojos de la mujer estaban llenos de terror.

—Señora Shore, ¿por qué hizo eso...? ¿Por qué me quería matar...?

—Maldito.

—¿Quién le dio la orden de que me matase...?

—Ojalá se pudra en el infierno.

—Señora Shore, ahora mismo aviso a un doctor.

La mujer dobló la cabeza.

Don comprobó que había muerto.

Se incorporó soltando imprecaciones para sus adentros.

¿Qué demonios significaba todo aquello...? ¿Por qué la señora Shore lo había estado esperando para matarlo? ¿Quién era Elsa...? ¿Dónde estaba...? La señora Shore le había dado una dirección, edificio Salisbury, apartamento 102. Pero ¿encontraría allí realmente a Elsa?

Registró la casa, pero no encontró ninguna otra persona ni nada que le sirviese de pista.

Estaba al final de un callejón sin salida. Ésa era la impresión que tenía ahora.

En el mensaje Eddie decía que viese a Elsa, en Tampa. Pero en aquella dirección sólo le había esperado la muerte.

Salió de allí y volvió a su auto.

No le costaba ningún trabajo llegarse al edificio Salisbury. Si no encontraba nada, se retiraría de aquella carrera.

El edificio Salisbury se levantaba en un barrio comercial. Era un rascacielos de treinta y dos pisos.

El apartamento 34 correspondía a un doctor. Se llamaba Van Conway.

La recepcionista era una enfermera de cabello rubio platino, muy bonita.

—¿Es usted Elsa?

—No —dijo la joven parpadeante—. Soy Elizabeth. ¿Es algún concurso...?

—¿No tiene ninguna compañera que se llame Elsa?

—No, señor.

—Está bien. Hablaré con el doctor Conway.

—Perdone, pero aún no me ha dicho su nombre.

—Don Trevor.

—No recuerdo que haya pedido hora.

—No la pedí.

—Entonces, tendrá que esperar a mañana.

—Oiga, Elizabeth, es muy importante que hable con su jefe.

—Está bien. Veré si lo puede recibir.

La enfermera desapareció en el gabinete del doctor y volvió al cabo de unos segundos.

—Puede pasar.

El doctor Conway trisaba en los treinta y cinco años y tenía ojos azules.

—¿Quiere sentarse, señor Trevor?

—Gracias.

Don ocupó un sillón de cuero.

—¿Cuál es su problema, señor Trevor?

—Estoy buscando a una mujer. Se llama Elsa. Me dijeron que la encontraría aquí.

El doctor miró a su visitante un poco desconcertado.

—Perdone, señor Trevor, pero aquí no hay ninguna Elsa. Ya le respondió la enfermera. Pensé que lo había comprendido bien y que me necesitaba para consultar me profesionalmente.

Don se puso en pie.

—Disculpe por la molestia, doctor.

—No hay de qué.

—Buenos días.

Don salió de la consulta del doctor Conway.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el doctor Conway quedó pensativo.

Finalmente descolgó el teléfono y marcó un número.

Luego dijo a través del micro:

—¿Elsa...? El estuvo aquí... Don Trevor...

* * *

Don Trevor salió del edificio y quedose sorprendido al ver en su auto a Jeanne, la muchacha que había conocido en la estación de servicio.

—Hola, Don.

—¿Qué haces ahí...?

—Vi tu auto y me metí dentro.

—¿Todavía no encontraste trabajo?

—No.

—Anda, sal.

—¿Para qué, si estoy muy bien aquí...?

—Nena, soy un barril de dinamita. No puedes estar en mi compañía. En cualquier momento puede sobrevenir una explosión y saltarías por el aire.

—Eres un tipo truculento. Todavía no comí. ¿Por qué no me invitas a almorzar...?

Don se rascó detrás de una oreja.

Bueno, ¿no había terminado de una vez con el asunto de Eddie...? Su última esperanza se había desvanecido. No tenía ninguna pista. Había llegado al fin del camino. Tenía amigos en Tampa. Uno de ellos, Jimmy *el Huesudo*, podía prepararle una partida de póquer para la noche.

—Está bien, Jeanne —dijo tras su reflexión—. Te invitaré a almorzar. Pero luego, nos despediremos.

—Claro.

—Trae tu maleta. La dejaré en el portaequipajes.

Fueron al restaurante El Bergantín.

Era un local tranquilo, con clientela muy respetable, hombres de negocios y mujeres elegantes.

—Eh, ¿por qué me has traído aquí, Don?

—¿Yo qué sabía...? Nunca estuve aquí.

—Vamos a otro sitio.

—No seas tonta. Nadie nos va a echar.

Tomó a la joven del brazo y la empujó hacia las mesas del fondo.

Los atendió un camarero muy estirado.

Para empezar, Don pidió martinis.

—¿Todavía no has sabido por qué te quieren matar? —comentó la joven después de beber un trago.

—No, y ya lo intentaron otra vez.

—¿Los mismos tipos...?

—No, una mujer. Pero fracasó porque se clavó el cuchillo ella misma.

La joven abrió los ojos como platos.

—¿En qué clase de lío estás metido, Don?

—Ya te lo dije. Ni yo mismo lo sé.

—Es absurdo.

—Por mucho que te lo parezca, es la verdad.

—¿Por qué no me lo cuentas todo...? Te podría ayudar.

—Ya te advertí que te metieras en tus cosas.

—Pero me has contado la muerte de esa mujer. Eso me implica.

Don la miró a los ojos. Los tenía muy bonitos. Pero ya había cometido un error al hablarle de la señora Shore. No cometería otro.

El camarero les trajo el primer plato, sopa *bouUavaise*.

De pronto, un botones se puso a vocear.

—Lllaman al señor Trevor por la cabina número dos.

La joven dio un respingo.

—Es para ti, Don.

—Sí, ya oí mi nombre. Pero pueden llamar a otro Trevor.

Como si el botones lo hubiese oído, aclaró:

—Lllaman al señor Don Trevor por la cabina número dos.

Don se limpió los labios con la servilleta.

—Ahora vuelvo.

Fue al encuentro del botones a quien entregó medio dólar y, a cambio, el empleado le dijo dónde estaba la cabina número dos. Una vez en ésta, tomó el auricular.

—¿Sí.?

—¿Don Trevor? —Era una voz de hombre.

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Eso no importa, señor Trevor. Quiero sólo hacerle una advertencia.

—¿Qué cosa?

—Deje de buscar a Elsa.

—¿Por qué he de dejar de buscarla?

—Porque nunca la encontraría.

—Eddie me dijo lo contrario. Que debía buscar a Elsa en Tampa, y por lo tanto, debo seguir buscándola.

El hombre que estaba al otro lado del hilo dio un suspiro.

—Señor Trevor, usted va a recibir una compensación por apartarse de este negocio.

—¿Qué clase de compensación?

—Dinero.

—¿Cuánto?

—Digamos mil dólares.

—No está mal.

—Celebro que hayamos llegado a un acuerdo, señor Trevor.

—No hemos llegado a ningún acuerdo, y con eso quiero decir que rechazo su oferta. Seguiré buscando a Elsa.

—No sea estúpido. Ya le he dicho que nunca podría encontrarla y le daré la razón —su interlocutor hizo una pausa—. Elsa está muerta.

Don no conocía a Elsa, nunca la había visto, ni si quiera sabía quién era. Sin embargo, al oír aquello, se quedó envarado.

—¿Cuándo murió...?

—Hace dos días.

—¿Dónde?

—Muy lejos de aquí.

—¿De qué forma?

—Hacía una travesía marítima. Se cayó al mar. Fue un descuido. Ella estaba sola en aquellos momentos.

—¿Lo saben las autoridades?

—No, habría sido embarazoso para mucha gente.

—No le creó una sola palabra.

—¿Por qué es usted tan escéptico, señor Trevor...?

—Porque todo lo que usted me dice parece formar parte de una confabulación con un solo fin: que yo me aparte del asunto.

El desconocido rió.

—Señor Trevor, posee usted una imaginación fabulosa.

—Creo que usted me gana. Lo ha probado al contarme esa historia marítima con respecto a la muerte de Elsa.

—Hágame caso, señor Trevor. Abandone la ciudad. Si se queda, puede estar viviendo sus últimas horas.

Enseguida colgaron a la otra parte.

Trevor quedó un ralo mirando el auricular antes de dejarlo en la horquilla.

Volvió junto a Jeanne.

—¿Quién era?

—Un anónimo.

—¿Qué te dijeron?

—Que este clima me puede sentar mal.

La joven se quedó en suspenso unos instantes.

—¿Por qué no lo dejas, Don?

—Nunca me han gustado las amenazas.

—Pero tú no sabes nada del asunto en que estaba metido tu

amigo Eddie.

—No, y eso es lo que me intriga. Tengo la impresión de que ellos creen que estoy al corriente de algo, cuando la realidad es que estoy completamente a oscuras.

—Tengo una idea.

—¿Cuál es?

—Marchémonos de aquí.

—Ni hablar de eso.

—¿Por qué no me llevas a Miami?

—No me interesa en esta época del año... Voy allí todos los inviernos, y ahora es primavera.

—¿Cuándo estuviste en Miami?

—Hace dos meses.

—¿Es bonito?

—Sí.

—Me gustaría conocerlo.

—Ya lo conocerás algún día, pero no va a ser conmigo.

—Eres un hombre muy arisco. Apuesto a que no estuviste casado nunca.

—Claro que no, ¿crees que estoy loco...? ¿Quieres comer y callar?

Después del almuerzo, bebieron café y fumaron cigarrillos.

—¿Cuánto dinero tienes, Jeanne?

—Me quedan cuatro dólares.

Don sacó el fajo de billetes y alargó a la joven dos de a cien.

—¿Qué es esto?

—Para ti.

—No admito donativos.

—No es ningún donativo, sino un préstamo. Ya me lo devolverás algún día.

—¿Y adonde te lo envío?

—No te preocupes, nos encontraremos. Yo voy y vengo de una parte a otra.

—No te aceptaré el dinero.

—¿A qué viene esa estupidez...? Somos amigos, ¿no? Un amigo ayuda a otro en la mala, y es lo que te pasa a ti, estás en la mala.

La joven vaciló unos segundos.

—Está bien —dijo y guardó el dinero en el bolso.

Don le sonrió mientras se ponía en pie.

—Anda, vamos.

Salieron del restaurante.

—Aquí nos despedimos, Jeanne —dijo al llegar al auto y sacó la maleta de la muchacha.

—¿Adónde vas tú...?

—A preparar una trampa.

—¿Qué?

—Yo también tuve una idea. Esos tipos me han amenazado para que salga de la ciudad y, si me quedo, querrán ajustarme las cuentas. Sólo así tendré oportunidad de echarles mano y saber algo.

—No le valdrá de nada si te matan.

—¿Quién piensa en eso...? Tengo tantas vidas como un gato. Y ahora, adiós.

Don entró en el auto.

Jeanne continuaba inmóvil en la acera, con la maleta a los pies.

—¿Por qué no dejas que le ayude, Don?

—Porque no te necesito... Buena suerte.

Don puso el coche en marcha.

Dobló cuatro calles más abajo. Observó algunos hoteles, hasta encontrar uno que le pareció adecuado porque era de tercera categoría.

Estacionó el coche en el primer hueco que encontró y retrocedió por la acera con su valija en la mano.

El hotel elegido se llamaba Niza, pero el interior recordaba muy poco la Costa Azul, donde Don había estado tres años antes.

Las alfombras estaban raídas y las paredes necesitaban otro empapelado.

En el registro había una mujer muy flaca, de pelo blanco.

—¿Habitación...?

—Sí, señora.

—Señorita Chandler... ¿Cuánto tiempo va a estar...?

—Un par de días.

—Le daré la habitación número doce, es muy amplia y con agua caliente. Son tres dólares por día.

Don abonó el importe por adelantado y recibió la llave.

—No tenemos ascensor —dijo la mujer. Don ya había notado eso, pero no hizo ningún comentario.

Subió por la escalera y se encontró en un corredor que tenía puertas a ambos lados.

Al entrar en su habitación, percibió un fuerte olor a humedad.

En la pared del fondo caía a jirones el papel.

Se despojó de la chaqueta y tomó la pistola.

Luego se tendió en la cama, puso el arma debajo de la almohada y encendió un cigarrillo.

De pronto oyó un crujido fuera, en el corredor.

Sacó el arma y se mantuvo a la espera.

Oyó los pasos de alguien que cruzaba frente a la puerta y se perdían a lo lejos.

Había sido una falsa alarma.

Se quitó los zapatos y volvió a relajarse.

Transcurrieron quince minutos y otra vez oyó pasos.

Esta vez se detuvieron ante su puerta.

Tenía el dedo listo en el gatillo.

El picaporte empezó a girar.

Ya estaba allí su visitante, el asesino. ¿O serían dos...?

CAPÍTULO VI

La puerta se abrió y quedó enmarcada Jeanne.

Don se quedó sin habla.

Ella parpadeó y dijo:

—Es una casualidad, ¿verdad...? Vine a este hotel y vi tu nombre en el libro del registro.

—Es mentira.

—¿Qué...?

—No me inscribí con mi nombre y por eso no lo pudiste leer en el libro del registro. Me seguiste, ¿verdad?

—Sí, en un taxi.

Don dio un suspiro.

—Cierra esa puerta.

—¿Todavía no vino nadie...?

—No, tú eres mi primer visitante.

—Me alojo en la habitación de al lado.

—Oye, ¿es que no voy a poder desembarazarme de ti?

—No te enfades. Si quieres que me marche, me marcharé.

—Claro, a tu habitación.

—La he pagado por un día.

—Qué suerte, yo la pagué por dos.

—Está bien, ya me voy. Si me necesitas...

—No te voy a necesitar.

—De todas formas, estaré ahí al lado. Hasta luego, Don.

La joven abrió la puerta y salió de la estancia.

Don se frotó vigorosamente la mejilla con el dorso de la mano.

De todo lo que le pasaba con Jeanne, él era el culpable. ¿No había salido en su defensa en la estación de servicio? Claro que la chica le había devuelto el favor, librándolo de la pareja de asesinos.

Jeanne tenía muy poca experiencia. Había vivido con su padre toda su vida y tan sólo una semana antes había huido de su casa. Sabía muy poco del mundo lo que le había pasado en la estación de servicio era un aviso del destino. A partir de ahora, Jeanne iba a encontrar muchos hombres como aquel puerco de su patrón.

¿Y si Jeanne estaba preocupada por él porque estaba corriendo un peligro de muerte...?

Había estado demasiado huraño con ella.

Muy bien, iría a su habitación y le presentaría sus disculpas.

Se puso los zapatos, pero no la chaqueta.

Abrió la puerta, pero no pudo dar un paso.

En el hueco había un hombre, un tipo de talla media, pómulos salientes y tez muy oscura.

En una fracción de segundo Don se maldijo para sus adentros. Había dejado la pistola bajo la almohada aquél era su asesino.

Piel Cetrina estaba tan sorprendido como él.

Empezó a mover la mano hacia la axila.

Don le golpeó con todas sus fuerzas en la mandíbula.

El tipo no era muy pesado y chocó contra la pared del corredor.

Todavía estaba sacando la pistola.

Don le pegó un puntapié en la mano armada.

La pistola se fue hacia el techo.

Luego, Don no dio respiro al matón. Le pegó en el estómago y en el hígado.

Finalmente, Piel Cetrina resbaló contra la pared cayó al suelo sobre los cuartos traseros.

La habitación de Jeanne se abrió.

—Don —exclamó Jeanne.

—Deja de escandalizar.

Don tomó la pistola del tipo y se la metió en el cinturón. Luego atrapó al asesino por debajo de los sobacos, y lo arrastró hacia su cuarto.

Jeanne entró tras de él y cerró la puerta.

—¿Qué haces ahí, Jeanne? —rezongó Don—. ¿Por qué no te vas a tu cuarto?

Ella, por toda respuesta, se dirigió a la cama, metió la mano bajo la almohada y sacó la pistola.

—Me pondré junto a la puerta —dijo—. Mientras tanto, tú

puedes interrogarlo con toda libertad. Impediré que llegue otro y te sorprenda.

Don esbozó una sonrisa.

—De acuerdo.

Don mojó una toalla en el lavabo y golpeó con ello la cara de Piel Cetrina.

Poco a poco, el asesino volvió en sí.

—Esto es un atropello —fue lo primero que dijo.

—Oh, sí, perdona —dijo Don con sorna—. Merezco la horca por dejar fuera de combate a un honrado ciudadano como tú.

—No comprendo por qué me atacó.

—Yo te lo diré. Porque viniste aquí a matarme.

—Usted debe estar loco.

Don le pegó con la toalla en la cara.

—¿Cuál es tu nombre...?

—Tony Hay den.

—Está bien, lo admitiré como verdadero, aunque suena a falso, como Judas. Anda, Tony, empieza a hablar. Pero será mejor que lo hagas con rapidez. Soy un tipo que se pone nervioso cuando tarda en llegar una respuesta... ¿Quién te paga?

—James Le Roy.

—¿Quién es James Le Roy?

—¿No lo conoce?

—Te he hecho una pregunta —dijo Don golpeándolo de nuevo con la toalla.

—El dueño del Club 21.

—¿Dónde está el Club 21?

—Aquí, en Tampa.

—¿Dónde vive?

—Calle Alameda, 22.

—¿Por qué te dijo Le Roy que me tenías que matar?

—No lo sé.

Don le volvió a golpear y Tony empezó a gritar.

—Le juro que no lo sé. Nunca pregunto cuando me ordenan un trabajo. Usted debe comprenderlo.

—Te haré la siguiente pregunta, pero quiero que estés muy atento o te la ganas.

—¿De qué se trata?

—¿Dónde está Elsa?

—¿Quién es Elsa?

—Te la ganaste.

Tony fue a gritar de nuevo, pero Don le pegó en la boca con la toalla.

—Deja de gritar o te arranco la piel.

—No sé quién es Elsa y también se lo puedo jurar.

—Coge una sábana y hazla tiras, Jeanne.

La joven cumplió la orden.

—Eh, oiga, ¿qué va a hacer? —preguntó Tony Hayden.

—Atarte.

—No hace falta que haga eso, me marcharé de aquí y lo olvidaré a usted.

—Eres muy amable, Tony. Ponte boca abajo.

Minutos después, Don había convertido a Hayden en un paquete.

Tony no podía pedir auxilio a nadie porque estaba amordazado.

Don se puso la chaqueta.

—Eh, Don —dijo Jeanne—. No irás a dejarme aquí. Ni siquiera resistiría estar en mi habitación.

—Está bien, tú ya has elegido. Te ha visto demasiada gente conmigo.

* * *

Don se dijo que James Le Roy tenía una buena choza. Había dejado a Jeanne en su auto.

Estaba ante una gran verja de hierro que daba acceso a una casa residencial.

Por entre los barrotes pudo ver un jardín muy amplio. Se oían gritos a la izquierda y chapoteo de agua.

Lucía un sol más propio de verano que de primavera.

Don intentó abrir, pero la puerta estaba cerrada con un candado.

Vio un timbre y lo apretó.

Al cabo de un rato, apareció un tipo alto que se cubría con camisa floreada, pantalones azules y calzaba mocasines.

—¿Qué quiere?

—Me espera el señor Le Roy.

—¿Lo citó él aquí?

—Dígale que soy Don Trevor.

—¿Sólo eso?

—Sí.

El de la camisa floreada examinó atentamente a Don y se fue por la izquierda.

Regresó al cabo de un par de minutos y abrió la puerta.

—El señor Le Roy está en la piscina.

Don entró y miró hacia la piscina. Se detuvo al ver a tres hombres y dos mujeres.

Todos estaban con bañador, ellas con bikini.

—¿Quién de ellos es Le Roy? —preguntó al tipo que le había franqueado el paso.

—El más velludo.

Don echó a andar por un sendero de gravilla, que lo condujo cerca de la piscina.

El tipo más velludo estaba sentado bajo una sombrilla, con un vaso de *whisky* en la mano.

Una pelirroja estaba sorbiendo con una paja de aquel vaso, inclinada ligeramente. Poseía un cuerpo hermoso, de largas piernas.

Le Roy preguntó sin alzar los ojos:

—¿Qué es lo que quiere, señor Trevor?

—¿Hablo ya o espero a que se zambulla la pelirroja?

La propietaria del hermoso cuerpo miró a Don con las cejas enarcadas.

—Eh, Jimmy. ¿Quién es?

—No te importa. Anda, y zambúllate.

—Es lo que él dijo. ¿Es él quien da las órdenes...?

—Vete o te deshago la cara —dijo Le Roy con voz desprovista de emoción.

La pelirroja se movió hacia la derecha y entonces.

Le Roy se inclinó sobre ella y le dio una palmada en las nalgas.

La pelirroja dio un chillido, rió fuerte y corrió hacia la piscina.

—¿Un *whisky*, Trevor? —dijo Le Roy.

—No, gracias.

—Ande, siéntese y póngase cómodo.

Don ocupó una silla de mimbre.

—Hable, Trevor.

—¿Dónde está Elsa?

—No sé a quién se refiere.

—¿No tiene ninguna amiga que se llame Elsa?

—No. Y si usted la perdió, no vino a la dirección adecuada. Hay una Oficina de Personas Desaparecidas que se ocupa de esas cosas.

—No estuvo mal el chiste.

—Lo celebro. Y ahora, adiós.

—Todavía no terminé, Le Roy.

—¿Me va a preguntar también por su perro?

—No, le voy a preguntar por Tony Hayden, y no me diga que tampoco lo conoce.

—Sí, desde luego, sé quién es Tony Hayden.

—Trabaja para usted, ¿verdad, Le Roy?

—De vez en cuando.

—Sólo cuando usted necesita matar a alguien.

Las palabras de Don hicieron levantar otra vez los ojos a Le Roy.

—Ésa es una acusación muy grave, señor Trevor.

—No continúe la comedia. Tony cantó. Fue a mi hotel a matarme, tal como usted le había ordenado, pero me pilló prevenido y no pudo hacer nada.

—¿Qué ha hecho con él...?

—Lo até y amordacé.

Le Roy dio un suspiro y atrapó la botella de *whisky* que había en una bandeja. Se sirvió una copiosa ración.

—Hace un calor tremendo —dijo—. No debería estar aquí, ¿sabe? No puedo resistir el calor, cuando sopla el viento del Golfo. Tengo una cabaña en las montañas. Lo que pasa es que está muy lejos.

—No me cuente la historia de su vida, Le Roy. No vine aquí a eso... Usted fue la persona que habló conmigo por teléfono. Me amenazó con liquidarme si no me marchaba de Tampa...

—Sí, creo que es lo que va a pasar, si no me deja tranquilo.

Don metió la mano en el bolsillo y sacó la pistola.

—Eh, ¿qué es lo que va a hacer...?

—¿Tiene mujer, Le Roy?

—Sí, pero no es ninguna de las que está aquí.

—Ya lo imaginaba. Ellas son una diversión. ¿Hijos?

—No, no tengo ninguno.

—Está bien, Le Roy, se le va a acabar la mujer, la diversión y no va a tener oportunidad de tener los hijos.

—Está bromeando.

—Me cansé de sus asesinos. No soy de la clase de personas que espera estúpidamente a que se lo carguen. Me lo voy a llevar a usted por delante.

—No lo creo.

Don cubría su pistola con el pecho, de modo que no pudiese ser vista por las personas que había en la piscina.

—Contaré hasta tres, Le Roy.

—Pero ¿qué es lo que quiere...?

—Que me diga por qué me iba a matar, que me diga por qué murió Eddie, que me diga quién es Elsa...

Le Roy se mojó los labios con la lengua. Otra vez los tenía resecos.

—Uno... —dijo Trevor—. Dos...

—Espere, hablaré.

* * *

—Oiga, Don, vea a Elsa. Es mejor que ella se lo cuente.

—¿Dónde está ella...?

—En Alvarado, un pueblo a doscientas millas al este.

—No puedo esperar a llegar a Alvarado para conocer el asunto, así que usted lo va a escupir todo. ¿De acuerdo, Le Roy? —Don acompañó sus palabras con un movimiento de la pistola.

De pronto sonó un estampido a unos cincuenta metros, entre la espesura del jardín.

Don tenía puestos sus ojos en la cara de Le Roy y vio cómo su cabeza reventaba al recibir el impacto de la bala.

Inmediatamente se oyeron gritos en la piscina.

Le Roy cayó de lado sobre la silla y su vaso de *whisky* se hizo pedazos en el suelo.

Don ya se había levantado y daba la vuelta hacia el lugar de donde había llegado la bala asesina.

Vio al tipo de la camisa floreada que manejaba una pistola.

Aquel fulano disparó otra vez, pero Don se dejó caer en tierra y la bala pasó por encima de su cabeza.

Había practicado con pistola en la Infantería de Marina, aunque luego, en la vida civil, nunca la usó porque no le gustaba. Sin embargo, durante los ejercicios en el servicio militar, había alcanzado un alto promedio en el tiro al blanco.

Apretó el gatillo y el tipo de la camisa floreada cayó atrás y quedó despatarrado.

Don dio un suspiro pensando que seguía conservando un buen promedio.

Las mujeres estaban gritando.

—¡Han matado a Le Roy...!

Don se puso en pie.

—No fui yo, sino ese fulano... Recuérdelo cuando llegue la policía.

Tras decir eso, echó a correr.

Poco después, llegaba al auto donde lo esperaba Jeanne.

—¿Qué fueron esos disparos, Don?

—Te lo contaré en el camino —puso en marcha el auto y se alejó de allí velozmente.

—Creí que te habían matado —rompió el silencio la joven.

Don le contó lo que había pasado en la piscina de Le Roy, y agregó:

—Será mejor que te quedes en Tampa mientras yo voy a Alvarado.

—Prefiero ir contigo.

—No, pequeña, esta vez no.

—Pero no puedo quedarme en el mismo hotel. Allí está Tony Hayden, ese asesino.

—Te dejaré en otro hotel y te recogeré cuando vuelva. ¿Tienes el dinero que te di...?

—Sí.

Don sacó su fajo de billetes.

—Aquí tienes mil más.

—¿Para qué tanto dinero...?

—Por si no vuelvo.

Ella se quedó en suspenso.

Habían llegado a una calle comercial de Tampa. Don arrimó el coche al bordillo de la acera y, cuando Jeanne descendió, dijo:

—Lo primero que has de hacer es meterte en un almacén para

comprarte ropa y una maleta. ¿Me oyes...?

—Sí, Don.

—Si mañana por la tarde no he vuelto, lárgate de Tampa.

—¿Adónde voy a ir?

—¿Y yo qué sé? —contestó Don irritado—. ¿Adónde habrías ido si no me hubieses conocido...?

Don puso en marcha otra vez el auto y se apartó de allí.

Minutos más tarde, se detenía en una estación de servicio. Compró un mapa de Florida.

Efectivamente, Alvarado era un pueblo que se ubicaba a unas doscientas millas de Tampa, pero tema que apartarse de la carretera principal que conducía a Taquillase.

Encontró la bifurcación diez millas más adelante y tiró por el camino polvoriento y lleno de baches que conducía a Alvarado.

Se puso a silbar una canción.

Al fin iba a conocer a Elsa.

Pero ¿le habría dicho la verdad Le Roy? ¿Y si te había mentido?

De pronto descubrió por el espejo retrovisor un auto negro.

Avanzaba mucho más aprisa que el suyo, levantando una nube de polvo.

Don apretó el acelerador.

El coche crujía como si se fuese a desencuadernar de un momento a otro.

El auto negro ganaba terreno.

¿Y si después de todo era alguien que se dirigía como él a Alvarado? Pero no podía admitir eso tal como andaban las cosas.

¿No había matado a Le Roy cuando se disponía a contarle la historia relacionada con su amigo Eddie *el Gordo*...?. ¿No habían querido asesinarlo cada vez que preguntaba por Elsa?

Y ahora él se hallaba en el camino de Alvarado, donde James Le Roy le había dicho que encontraría a aquella misteriosa mujer.

Sacó el máximo partido de su coche, pero el vehículo de sus perseguidores tenía un motor más potente. La distancia disminuía ostensiblemente a cada minuto.

Sintió un repiqueteo contra la carrocería y el cristal trasero saltó hecho pedazos.

Todas sus dudas quedaron disipadas.

Una vez más se disponían a cazarlo y esta vez no tendría

salvación.

Sólo podía hacer una cosa. Sacar el coche del camino.

A la izquierda había un terreno pantanoso, con la vegetación propia de Florida.

Tuvo que sortear algunos troncos y un cuarto de milla después se encontró con uno más grande, que interceptaba su paso.

Detuvo el coche bruscamente evitando el choque.

Luego saltó por la portezuela y echó a correr.

Oyó el zumbido del auto negro que llegaba detrás.

Sonó una ráfaga y se arrojó al aire.

Las balas rugieron siniestramente al profundizar en la floresta y algunas de ellas mordieron los árboles.

Don rodó por el suelo.

Quedó en cuchillas.

Tres hombres salieron del auto.

Ya tenía la pistola en la mano e hizo fuego, pero los hombres estaban demasiado lejos.

Oyó cómo las balas chocaban contra la carrocería del coche negro.

Luego volvió la espalda y echó a correr agachado.

Era preferible la huida porque aquellos tipos serían asesinos profesionales como Tony Hayden o los dos que había conocido en Nueva Orleans.

Zigzaguéo por entre los arbustos y, finalmente, se detuvo porque empezó a dolerle el costado.

Prestó atención a todos los ruidos.

En aquel lugar se habían reunido centenares de pájaros que gorjeaban incesantemente.

De súbito vio a un tipo aparecer por la derecha. Le apuntó e hizo fuego.

El individuo lanzó un grito de dolor y se derrumbó hundiéndose la cabeza en un charco de agua y fango.

Inmediatamente Don emprendió una nueva carrera.

Otra vez se detuvo y esperó.

Oyó las voces de los dos fulanos a lo lejos.

—Ese bastardo ha matado a Andy.

—Hay que cazarlo.

—Eso digo yo, pero ¿cómo en esta selva...?

—Yo luché en Corea y sé cómo atrapar a un tipo que se cree muy listo. Ve tú por la derecha y yo iré por la izquierda.

—Está bien.

Dejó de oír las voces.

Esperó con el dedo en el gatillo, mirando especialmente por el lado que aparecería el tipo que había luchado en Corea.

Oyó un ruido a su espalda y se volvió rápidamente.

Era un jabalí.

La bestia se detuvo olfateando. Sus ojos miraron un poco sorprendidos al intruso.

Don esperó. Sólo dispararía sobre el jabalí si lo atacaba, y si eso llegaba a ocurrir, establecía el lugar de su escondite.

El jabalí pareció titubear unos instantes. Finalmente volvió grupas y echó a correr.

Entonces se oyó un disparo y la bala silbó por el camino que llevaba al animal.

—Lo he tumbado... —gritó uno de los asesinos.

Don sonrió pensando en la confusión que sufría aquel tipo al identificarlo con el jabalí.

Oyó otra vez al tipo que había disparado.

—Eh, Norman, ¿dónde estás...? Te he dicho que he tumbado al tipo listo.

Casi al mismo tiempo apareció por entre dos arbustos.

Don vaciló en apretar el gatillo.

El asesino se quedó sorprendido al recibir el impacto en el pecho. Se tambaleó, pero un tronco que había a su espalda le impidió caer. Finalmente, se vino hacia adelante, abrió la boca, por donde arrojó un chorro de sangre y se abatió.

—Buen trabajo, muchacho —dijo una voz a espaldas de Don.

Trevor se quedó rígido.

El otro se echó a reír.

—¿Qué te pasa...? ¿Te has convertido en una estatua?

Don tampoco contestó.

Al fin había conseguido capturarlo el hombre que luchó en Corea.

—Eres un tipo con muchas agallas, Trevor. Has liquidado a mis dos amigos, y te aseguro que los dos eran muy buenos. Pero no pudiste conmigo. Yo soy demasiado para ti, ¿estás conforme?

—Debo estarlo, puesto que tú eres el que me vas a matar. A menos que te convenga hacer un negocio.

—Gracioso, muy gracioso.

—Tengo dinero y eso es lo que a ti te interesa.

—¿Cuánto tienes...?

—Dos mil dólares.

—¿Dónde...? Y no me digas que en el Banco de la ciudad.

—Están escondidos en el coche.

—Muy bien, los buscaré allí.

—Nunca encontrarías el escondite.

—Como trampa es buena.

—Soy jugador profesional y durante dos noches gane mucho dinero en Nueva Orleans.

Transcurrió un silencio.

Don supo que el asesino titubeaba.

—Deja caer la pistola, Trevor.

Don la soltó.

—Ahora ponte en pie y vuélvete.

El joven hizo lo que le ordenaban.

—Echa a andar delante de mí. Te estaré apuntando a la espina dorsal, así que no intentes nada.

Don sacudió la cabeza y echó a andar hacia el auto.

No trató de escapar porque el asesino lo hubiese cazado con la misma facilidad que si se tratase de un ciervo atado a un árbol.

Llegaron adonde habían dejado los autos.

—¿Dónde está el dinero, Trevor?

—Yo te lo daré.

—No entres. Te he preguntado dónde está...

—En el asiento delantero, debajo de la tapicería. Hay una ranura.

Nada de eso era verdad, pero pensó que el hombre venía que mirar el asiento para saber si había tal ranura.

—Saca tú el dinero, Trevor.

—¿No lo ibas a sacar tú...?

—Anda, hazlo va. Además no tendrás que trabajar mucho. La portezuela está abierta.

Don se acercó al hueco del coche. Había puesto la otra pistola debajo del asiento, la que había dejado a Jeanne y que le pidió

cuando fueron a casa de Le Roy.

Vio su culata negra, brillante, mientras se agachaba.

Puso la mano izquierda sobre el asiento y entonces levantó la derecha.

Atrapó la pistola con seguridad y se volvió como una centella.

El asesino y Don dispararon casi al mismo tiempo. Don sintió que la bala del otro le abrasaba la piel del cuello.

La cara del matón se convirtió en un despojo y todo él se desplomó.

Don se tomó un descanso antes de reemprender el camino de Alvarado.

CAPÍTULO VII

Al fin dio vista a Alvarado.

Era un pequeño pueblo, en un valle.

La laboriosidad del hombre había ganado terreno al pantano convirtiéndolo en campos de labor.

Don pensó que no había valido la pena aquel esfuerzo tan tremendo.

El ser humano se obstinaba en alcanzar algo imposible. Eso era muy frecuente.

¿No era aplicable tal principio a él?

¿Por qué seguía obstinado en conocer a Elsa? ¿Iba a resucitar con eso a su amigo Eddie *el Gurdo*?

Ahora sabía que ver a Elsa le podía costar la muerte.

Sin embargo, estaba dispuesto a seguir hasta el fin. Y una de las razones para adoptar esta decisión, era que no sabía nada del asunto.

Se le antojaba que, si alguno de los asesinos se hubiese salido con la suya, habría muerto estúpidamente.

Pero eso no era problema únicamente suyo, sino común a miles de hombres que morían todos los días sin saber por qué.

Pronto se dio cuenta de que Alvarado era un pueblo muy pobre.

Sólo la calle Mayor estaba asfaltada.

Había un par de bares, un hotel, algunas tiendas... y la oficina de la policía.

Al llegar al final de la calle, dio la vuelta y regresó.

Algunos hombres que tomaban los últimos rayos del sol se le quedaron mirando.

No debía ser frecuente ver a un forastero en aquel lugar.

Estacionó el coche junto a un bar llamado El Loto.

La barra estaba a la derecha y a la izquierda había compartimientos que servían de reservados, separados por rejillas de madera.

Un cliente discutía con el barman acerca de boxeo.

El barman, un individuo alto, fuerte, con cuello de res, hizo una señal al cliente para que se interrumpiese y se acercó al lado en donde se encontraba el recién llegado.

—Un *whisky* —pidió Don.

El barman se lo sirvió.

Entonces, el cliente que estaba a la izquierda también se aproximó a Don.

—Le estaba diciendo a Edward que va se acabó el boxeo —dijo—. Hoy día lodo es negocio... El campeón es un pelele en manos de los hombres que manejan los millones. No existe un campeón de boxeo de todas las categorías... Es sólo una marioneta en manos de unos tipos desaprensivos.

—Creo que tiene usted razón.

—¿Lo has oído, Edward? —sonrió el cliente que Irisaba en los treinta y cinco años y poseía cabello encrespado y nariz chata.

El barman dio un manotazo en el aire.

—Admito que se hacen enjuagues, pero el campeón lo es por derecho propio... No hay nadie como él. Y lo prueba en cada combate... Es lógico que un tipo que vale tanto sirva de pretexto para que otros llenen su bolsa. Pero eso ha ocurrido siempre. Lo mismo en los tiempos de Joe Louis que en los de Jack Empedemos...

—Protesto —dijo el cliente—. Nunca se cometieron las inmundicias que se cometen ahora... ¿No le parece a usted, mister?

Se estaba dirigiendo de nuevo a Don y éste repitió:

—Yo pienso lo mismo que usted.

Los ojos del barman se brillantaron.

—¿Es usted aficionado al boxeo?

—Lo fui —contestó Trevor.

—Eso quiere decir que ahora no lo es.

—Me retiré por las mismas razones que alega su amigo...

El cliente se apresuró a decir:

—Soy Tim Owen.

—Don Trevor —dijo el forastero y estrechó la mano que Owen le tendía.

El barman estaba cada vez más furioso porque Tim hubiese encontrado un inesperado aliado.

—Les digo que el campeón es bueno.

—No hay prueba de eso —repuso Don—. He visto algunos de sus combates por TV y me produjo una pobre impresión. La de que estaban amañados.

—Así se habla —cabeceó Tim Owen—. ¡Claro que estaban amañados!

—Vete al infierno —dijo el barman y se marchó por el mostrador.

Tim Owen se echó a reír.

—Edward es un ángel de inocencia.

—Sí, parece un poco ingenuo, al menos con respecto al boxeo.

Tim Owen sonrió satisfecho y preguntó:

—¿Por muchos días en Alvarado?

—Eso dependerá de que solucione el asunto por el que me llegué aquí. Elsa tiene la palabra.

—¿Se refiere a Elsa Robinson?

—Sí, claro.

—Una bonita mujer.

—Se ve que la conoce.

—Sólo la he visto tres o cuatro veces cuando he ido a su casa a llevarle la mercancía. Verá, yo trabajo en el almacén de Wrihght. La señorita Robinson hace el pedido por teléfono. No le gusta ir personalmente al almacén.

—El caso es que no me enteré de que ella estaba aquí hasta hace unos días.

—Bueno, Elsa Robinson, no lleva mucho tiempo entre nosotros. Sólo unas semanas...

—Tampoco puedo comprender por qué eligió un sitio como éste...

—Tengo la impresión de que sufrió una grave contrariedad. Quizá sepa usted de eso más que yo...

—Entiendo —dijo Don por decir algo.

—No soy un tipo curioso, como la mayoría de los que viven aquí. ¿Sabe que se han hecho apuestas de por qué Elsa Robinson ha

venido a parar a Alvarado? Unos dicen que perdió a su esposo, y que entonces, ella decidió retirarse de la gran ciudad. Basta ver a la señorita Robinson para saber que es una mujer apetecible, de esas que los hombres persiguen sin descanso... Usted ya me entiende...

El barman Edward ya volvía.

—¿Quiere poner dos *whiskys*?

Sirvió los *whiskys*.

Tim Owen hizo chascar la lengua antes de beber.

—Siempre viene bien un trago a estas horas. A mí es cuando más me gusta el *whisky*.

Apuró de una sola vez el contenido del vaso.

—De modo que es usted amigo de la señorita Robinson.

—Sí. Y será mejor que la vea cuanto antes... Por cierto, ella me dijo su dirección pero la olvidé. Sólo recordé el pueblo...

—Yo no tengo nada que hacer. Le acompañaré.

—No hace falta que se moleste.

—No es ninguna molestia, Don.

Trevor dejó un dólar sobre el tablero y salió del local con Tim Owen.

Don le invitó a subir en su auto.

—Tire por la primera callejuela a la izquierda —dijo Owen.

Trevor así lo hizo.

Corrieron por una calle llena de baches y de polvo, y Tom le dijo de nuevo que debía doblar a la izquierda.

—Es la penúltima casa de esta hilera... La que está pintada de rosa.

Don frenó el auto en el lugar adecuado.

El jardín ofrecía señales de abandono.

—El viejo Jonathan alquiló la casa a la señorita Robinson —explicó Owen—. Le puso un buen precio.

—Bien, señor Owen, muy agradecido por haberme acompañado...

—Si tiene un rato libre, pásese por el bar de Edward y le seguiremos dando la lata con el box...

—Desde luego.

Tim Owen hizo un saludo y se alejó por el camino que habían traído.

Don abrió la puerta del jardín y avanzó por un camino cubierto

con gravilla.

Las dos ventanas tenían los visillos echados y éstos no se movían.

Llegó al porche y apretó el timbre.

Pasó un minuto y no le habían abierto.

Entonces, puso la mano en el tirador y lo hizo girar.

La puerta obedeció a su impulso.

El vestíbulo estaba envuelto en una semipenumbra.

Oyó un gemido.

Procedía del *living*.

Juró que había salido de los labios de una mujer. Entonces oyó a un hombre:

—Nena, eres muy linda... Me están dando ganas de darte besos, pero, eso es lo malo, que no puedo darte besos porque te tengo que zurrar... Pero si me dices lo que yo quiero, no recibirás golpes.

—Es usted un canalla —dijo la mujer.

Don sacó la pistola y se acercó a la habitación cuya puerta estaba abierta.

Vio una escena que le llenó de indignación.

Una mujer estaba atada a una silla, de espaldas a él.

Un hombre se paseaba frente a ella. Iba hacia la pared del fondo.

—Cariño, no acabes con mi paciencia —decía el verdugo.

—No, no va a acabar —intervino Don.

El hombre se volvió rápidamente y quedó asombrado al ver al intruso que lo amenazaba con la pistola.

La joven también volvió la cabeza.

Don le dirigió una rápida mirada y vio que era bonita. Pero enseguida le volvió a prestar atención al fulano, un tipo de talla inedia, de cejas muy espesas.

—Eh, ¿quién es usted...?

—¿No lo sabes? El entrometido.

—Ya sé, Don Trevor.

—Sólo falta que me digas tu nombre.

—Hernán Clayton.

—Hernán, eres un hijo de perra.

—Cuidado, amigo.

Don echó a andar hacia Clayton.

—Eh, espere un momento. ¿Qué va a hacer?

Don le golpeó con el cañón del revólver.

Hernán lanzó un aullido y retrocedió. El golpe lo había recibido en el pómulo, por donde empezó a echar sangre.

—Maldita sea, mire lo que me ha hecho...

—Estabas atormentando a una mujer...

—Ni siquiera había empezado.

—Pon las manos en la pared. Rápido. Hernán así lo hizo.

Don se le acercó por detrás y le quitó la pistola que llevaba en la axila.

Entonces utilizó de nuevo el arma, pegando a Clayton en la cabeza.

El verdugo soltó un quejido y se desplomó sin conocimiento en el suelo.

Entonces, Don pudo volverse.

—¿Elsa...? —preguntó.

—Sí, soy yo —contestó la mujer más hermosa que él había visto en su vida.

CAPÍTULO VIII

Podía tener veinticuatro o veinticinco años, y era morena, de ojos muy grandes y bellos, el cabello como la tez.

Su vestido había sido rasgado por el hombro, dejando éste al descubierto. Su falda estaba por encima de las rodillas. Eran dos piernas maravillosas, desde el tobillo hasta el muslo.

Ella dijo:

—Hay un cuchillo en el primer cajón de ese armario.

Don tomó el cuchillo y se acercó a la joven para cortar las ligaduras.

Elsa, al quedar libre, dio un suspiro de alivio y se frotó las muñecas.

—Ha llegado usted muy a tiempo.

—Lo celebro —dijo Don.

—Ese hombre me hubiese atormentado. Dijo que me quemaría la piel con un cigarrillo.

—Ya no le hará daño.

—¿Quién es usted?

—Don Trevor, amigo de Eddie Arable, más conocido por Eddie *el Gordo*.

—¿Por qué no vino él...?

—Oh, no... Lo estrangularon en Nueva Orleans.

La joven se mordió el labio inferior.

—Pobre Eddie. Era un buen hombre.

—Sí, seguro que lo era... Yo fui un gran amigo suyo. Me pidió auxilio, pero no llegué a tiempo de impedir su muerte.

—¿Y cómo dio usted conmigo...?

—Por un mensaje que dejó en un maletín. Tenía que verla a usted en Oxford 221, Tampa. Pero cuando llegué allí sólo encontré

a una mujer, a Carole Shore, según ella dijo. Intentó matarme con un cuchillo.

—Siento que haya puesto en peligro su vida por mi culpa.

—Eso no tiene ahora importancia. He hecho una larga carrera hasta aquí. En Tampa también quisieron asesinarme, pero quité de en medio a los tres tipos que me enviaron. Ahora, dígame, ¿en qué consiste todo este lío?

—¿No le explicó nada Eddie?

—Ya le he dicho que sólo pude hacerme con el mensaje y hasta ahora no pude hacer cantar a los tipos con los que me encontré. Uno de ellos, James Le Roy, se disponía a hacerlo en Tampa, cuando le reventaron la cabeza de un balazo.

—Se trata de un negocio de un millón de dólares.

—¿En qué consiste?

—¿Ha oído hablar de las joyas de la colección Ferguson?

—Lo mío es el juego. Hábleme de naipes y nos entenderemos. Pero sólo tengo esa especialidad.

—Las joyas Ferguson están valoradas en un millón de dólares. Fueron robadas hace nueve meses en una residencia de Long Isla.

—¿Quién las robó?

—No fue la obra de un hombre solo. Las joyas estaban bien guardadas y se necesitaba gente conocedora del oficio. Cuatro personas se asociaron para llevar a cabo el robo. Su amigo Eddie *el Gordo*, James Le Roy, Lee Scott y Paul Herr.

—No sabía que Eddie se dedicara a estas cosas.

—Sí, ya sé que fue jugador como usted. Pero luego pensó que podía lograr mejores beneficios que con los naipes.

—Sí, fueron tan buenos que lo enviaron al otro mundo.

—Si hubiese salido bien el asunto, Eddie habría tenido un cuarto de millón.

—Pero el caso es que no lo tuvo ni lo tendrá. Apuesto a que no se llevó las joyas en el último viaje.

—No, señor Trevor. La colección Ferguson continúa intacta.

—¿Dónde están esas joyas? —Todavía no lo sé.

—De las personas que ha nombrado para dar el golpe sólo me son familiares dos. Eddie y James Le Roy. Los dos están muertos. ¿Quiénes son Lee Scott y Paul Herr?

—Lee Scott es un especialista en cajas fuertes y Paul Herr un

tallador como no hay otro. Trabajó mucho tiempo en Amsterdam. La misión de Paul Den consistía en desmontar las joyas, en convertirlas en mercancía, haciendo todo lo posible por conservar su valor.

—De acuerdo, Elsa. Pero ¿dónde entra en juego usted?

—Las joyas Ferguson estaban aseguradas en la Fidel is y yo soy una empleada de la Fidel is, justamente la persona que debía recuperar las joyas por las que mi compañía pagó un millón de dólares de indemnización a los Ferguson...

—Creí que ciertas cosas sólo las hacían los hombres.

—Soy tan buena como un hombre.

—Y con mucho más encanto.

—Gracias por el requiebro.

—No hay de qué... Dígame, ¿cómo hizo su trabajo?

—En realidad estaba a oscuras. Fue Eddie *el Gordo*, quien me puso en marcha... Me llamó a la Fidel is. Estaba dispuesto a llegar a un acuerdo, si la compañía le pagaba doscientos cincuenta mil dólares.

—De modo que él iba a traicionar a sus compañeros. ¿Por qué?

—Eddie tenía la impresión de que nunca tendría su participación en las joyas porque lo iban a matar. Y los hechos han dado la razón... Eddie y yo hablamos en Nueva York. Me dijo que tenía que reunirse en Tampa con sus tres cómplices, aunque todavía no sabía dónde. Uno de los cuatro, Lee Scott, se había encargado de guardar las joyas en un lugar de Florida, cerca de un pueblo llamado Alvarado. Los cuatro socios se reunirían en Tampa y luego emprenderían la marcha hacia el escondite del tesoro. Eddie quedó de acuerdo conmigo en que yo iría a Tampa... Desde el mismo Nueva York me ocupé de alquilar una casa, el número 227 de la calle Oxford. Le dije a Eddie que lo esperaría allí. Pero ocurrió algo imprevisto. Recibí una carta. Sólo contenía unas letras.

—¿Qué le decían en la carta?

—Poco más o menos, esto: «Señorita Robinson, sabemos quién es usted y lo que se propone. Tiene que desistir inmediatamente. Lárguese de Tampa, o le pesará» —la joven hizo una pausa—. No me pude poner en contacto con Eddie, pero, sabiendo que había sido localizada, tuve miedo y decidí viajar a Alvarado. Al fin y al cabo, aquí estaría más cerca de las joyas. Pensé que, cuando Eddie

no me encontrase en la calle Oxford, imaginaría que yo me las arreglaría de algún modo para entrar en contacto nuevamente con él.

—¿Qué otra cosa me puede decir?

—Ya nada. Hace cosa de media hora se presentó ese hombre. Me dijo que venía de parte de Eddie y lo dejé entrar. De pronto, me golpeó. Quedé sin conocimiento y cuando me recuperé, estaba atada a esa silla. Ahora ya lo sabe todo.

En aquel momento, el fulano que estaba en el suelo se arrojó sobre las piernas de Trevor.

Los dos se derrumbaron en el suelo.

Luego el tipo se puso en pie y echó a correr.

Don quiso disparar, pero ya el sujeto había desaparecido de su vista.

Se oyó un portazo.

Don renunció a ir detrás del fulano, porque ya no le podría alcanzar.

—¿Qué es lo que quería sacarle el asesino, Elsa? —preguntó.

—Quería saber cuánto me había contado Eddie con respecto a las joyas, y si yo tenía algún colaborador. No le dije nada... Bueno, la verdad es que se lo habría dicho si hubiese empezado a quemarme con su cigarrillo.

Don se sentó en un sillón.

—Así que ahora sólo hay dos hombres que aspiran al millón de dólares. Lee Scott y Paul Herr.

—Pero tienen cómplices.

—Sí, ya me di cuenta de que han formado una buena pandilla... Un millón de dólares es mucho dinero y da para pagar a esos matones que por un billete son capaces de enviar a un prójimo al otro mundo... ¿Tiene *whisky*?

La joven fue a la cocina y volvió con dos vasos. Entregó uno a Don.

—Le deseo un éxito en su trabajo, Elsa.

—Gracias.

Don bebió el *whisky* y se levantó.

—Hasta la vista.

Ella agrandó los ojos.

—¿Qué va a hacer?

—Marcharme, retirarme de este asunto.

—Pero ¿por qué?

—Verá, señorita Robinson, seguí adelante hasta ahora por saber la razón de la muerte de Eddie *el Gordo*. Fuimos grandes amigos. El me enseñó la mayor parte de lo que sé del póquer. Tenía la impresión de que Eddie se había metido en un asunto sucio, pero me concedí a mí mismo un cinco por ciento de error. Sí, Elsa, abrigué la esperanza de que me equivocase... Por culpa de este jaleo he matado a unas cuantas personas, gentes con las que no tenía nada que ver, aunque fuesen hampones. Pero ahora va no me interesa lo más mínimo lo que sea de Paul Herr o Lee Scott. También me importa un rábano que la Fidel is recupere sus joyas. Y le voy a dar un consejo, Elsa. Diríjase a la policía de Alvarado y cuénteles sus penas. Ellos tienen la obligación de ayudarla.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no puede?

—Porque es posible que Lee Scott o Paul Herr los hayan sobornado. He de continuar sola... Bueno, creí que usted me iba a ayudar.

—Se equivocó.

—Estoy dispuesta a partir con usted el diez por ciento de lo que la Fidel is dé por las joyas... Son cien mil dólares. Por lo tanto, a usted le corresponderían cincuenta mil.

—No, gracias.

—No le puedo dar más.

—No hace falta que suba su postura. Ya le he dicho que no me interesa, y si usted es tan lista como creo será póngase en comunicación con sus jefes y dígales que nombren a otro agente. Los asesinos la tienen localizada. No permanezca un minuto más en esta casa.

Ella dio dos pasos hacia el joven y quedó muy cerca de él, mirándolo profundamente a los ojos.

—Por favor, Don, cambie de idea...

—No me conviene.

—¿Quién le ha dicho que no? —ella le sonrió con suavidad.

Don sintió el calor que emanaba del cuerpo de la joven.

Ella se puso de puntillas y lo besó con suavidad en los labios.

—¿No cree que merezco que me ayude, Don? El la apretó contra

sí y la besó con fuerza en la boca.

Las manos de Elsa fueron a su nuca. —Don, no te separes de mí — dijo ella en un susurro.

Trevor se dijo que ni un terremoto lograría apartarlo de ella.

La apretó con más fuerza y la continuó besando.

CAPÍTULO IX

Don despertó. Era ya de día.

A su lado no estaba Elsa.

Sonrió pensando en la joven.

Ya no tenía duda de que Elsa era la mujer más hermosa y adorable que había conocido en su vida.

Consultó su reloj que había dejado sobre la mesita de noche.

—Elsa... —llamó.

No obtuvo respuesta.

Saltó de la cama, sobresaltado, cubriéndose con una sábana.

Salió al *living* y vio una nota sobre la mesa.

Leyó su contenido que decía así:

«Voy al almacén para comprar unas cuantas cosas.

Perezoso, si no estás despierto cuando yo llegue, te quemaré las plantas de los pies con un cigarrillo».

Don sonrió y se fue al baño. Tomó una ducha fría y después de frotarse vigorosamente con la toalla, se vistió.

Elsa no había llegado todavía.

Empezó a impacientarse. ¿Por qué Elsa había sido tan temeraria al salir sola?

Miró por la ventana y vio su auto estacionado en el mismo lugar donde lo dejó la noche anterior.

Fumó un cigarrillo que le supo a demonios, porque estaba en ayunas.

Se fue a la cocina. Había café hecho y lo puso a calentar.

De pronto oyó un crujido a su espalda. La puerta se estaba

abriendo.

Un hombre entró con una pistola en la mano. Trevor sólo tuvo tiempo para golpearle en el brazo armado.

Sonó un estampido y la bala chocó contra el cazo que contenía el café, haciéndolo saltar del fogón.

Don pegó un rodillazo al individuo. Éste lanzó un grito, pero no soltó el arma.

Trevor vio cómo la pistola se movía. Un poco más y le apuntaría al cuerpo. Entonces, el asesino dispararía.

Se dejó caer en el suelo al tiempo que levantaba las dos piernas.

Su estratagema tuvo éxito, porque volteó al fulano por encima de su cabeza.

Sin embargo, soltó una maldición porque su rival se había ido por el aire con la pistola.

Su verdugo soltó un grito al golpear contra el suelo.

Don ya se estaba abalanzando sobre él, pero se detuvo al ver que el desconocido tenía la cabeza doblada, los ojos abiertos.

Le tocó el cuello y comprendió por qué estaba así. Se había desnucado al caer.

Mientras recuperaba el resuello, se dijo que no podía esperar más a Elsa, porque tenía la impresión de que quizá la joven no volvería nunca.

Salíó a la calle, montó en su coche y se dirigió a la calle Mayor.

Descubrió a Tom Owen que salía de un almacén portando un cajón.

Detuvo el auto y saltó.

—Buenos días, señor Trevor.

—Hola, Tim. ¿Está ahí la señorita Robinson?

—No, no la vi.

—¿Cómo que no la vio? Tiene que estar aquí...

Tim Owen dejó el cajón en el suelo y parpadeó.

—Yo no la he visto. Además, ella nunca viene al almacén, ya se lo he dicho. Hace el pedido por teléfono.

—¿Ha estado usted todo el tiempo en la tienda?

—No, yo trabajo en el almacén de atrás.

—Será mejor que se lo preguntemos a su patrón.

—Desde luego...

El patrón de Tim Owen, Jonathan, era un hombre de unos

sesenta y cinco años.

—¿La señorita Robinson...? No, no ha venido aquí —contestó a la pregunta de Don.

—¿Ha abandonado en cualquier momento su almacén?

—No, he estado aquí desde que abrí a las siete y media.

Trevor le dio las gracias y salió seguido de Tim Owen.

—¿No compraba la señorita Robinson en otro sitio, Owen?

—No, señor. Que yo sepa, siempre lo hacía aquí.

Don apretó los puños con fuerza.

La desaparición de Elsa sólo podía explicarse de una forma. Había caído en manos de Lee Scott y de Paul Herr. Pero él no podía ir por todo el pueblo buscándola por las casas. Sería absurdo y no serviría para nada.

Se despidió de Tim, montó en el auto y fue a la oficina de la policía.

Entró en una habitación rectangular, que tenía un pasillo a la izquierda.

Detrás de una mesa con muchos papeles, había un hombre de unos treinta y cinco años, fornido, de cabello rojizo y cara pecosa. Se cubría con una camisa de color café, y pantalones verdosos, ambas prendas un poco gastadas.

—Soy Don Trevor y vengo a denunciar un secuestro.

El pelirrojo entornó los ojos.

—¿Qué me dice?

—Han raptado a una mujer, a Elsa Robinson.

—¿Se refiere a esa linda joven que vino a vivir hace unos días en la casa rosa?

—Sí, la misma.

—¿Quién la ha secuestrado?

—Unos ladrones.

—Oiga, ¿qué historia trata de colocarme?

—Tiene que fiarse de mí, jefe. Digo la verdad. Secuestraron a la chica y es muy posible que la maten...

—Bueno, si la secuestraron no es fácil que la maten, puesto que les interesará pedir un rescate. Sí, ya sé que cierta clase de tipos matan a sus víctimas y luego piden el dinero, pero ¿por qué pensar en lo peor?

—Oiga, ¿cuál es su nombre?

—Martin Johnson.

—Señor Johnson, el asunto es más complicado de lo que usted cree. Está relacionado con un robo de joyas.

—¿Qué me dice?

—Joyas valoradas en un millón de dólares. Johnsonladeó la cabeza mirando a Trevor con prevención.

Don comprendió que el jefe de policía dudaba de su salud mental y dijo:

—Las joyas de la colección Ferguson...

—Demonios, ¿es cierto?

—Sí, desaparecieron hace ocho o nueve meses.

—Lo recuerdo perfectamente, lo publicaban los periódicos.

—Pues esas joyas ahora están en su jurisdicción, jefe.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Un amigo mío, ya muerto, tomó parte en el robo.

—¿Cuántos eran...?

—Cuatro. Pero, además de Eddie, murió otro. Sólo quedan vivos dos, Paul Herr y Lee Scott, y deben estar por aquí.

—¿Qué pinta la chica?

—Trabaja para la Fidelis, la compañía aseguradora de las joyas. Mi amigo Eddie había entrado en contacto con ella.

Johnson se pasó la lengua por los labios.

—No sé si me está embromando, señor Trevor.

—Le aseguro que le digo la verdad. No puede quedarse ahí sentado. Póngase en marcha inmediatamente, y tenga cuidado, porque esos tipos no se andan con miramientos. Maté a uno de ellos en la casa de la señorita Robinson.

—¿Qué...?

—Intentó liquidarme... Y ayer, otro de ellos pretendió atormentar a Elsa para sacarle lo que sabía. Pero ese fulano logró escapar.

—Oiga, tengo la impresión de que me ha contado el argumento de un filme de *gangsters*.

—Pues abra bien los ojos, porque ahora está viviendo la realidad.

—Está bien. Haré una investigación.

—Yo le acompaño.

—Ni hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Porque usted no es policía, sino un forastero, y todavía no me fío mucho de su palabra. Dice que se presentó aquí porque era amigo de ese Eddie, uno de los ladrones de joyas, y para mí eso no es bastante. ¿Qué motivo tiene para seguir enredando en el asunto?

—No existe otro.

—¿Quizá le interesa esa chica, Elsa?

Don se dijo que Martin Johnson había puesto el dedo en la llaga. ¿No había estado dispuesto la noche anterior a largarse de allí? Pero no lo hizo por Elsa.

—Está bien, señor Trevor, venga por aquí dentro de un par de horas. Quizá para entonces sepa algo. Pero no trate de seguirme...

—¿Cómo voy a seguirlo? En este pueblo lo sabría usted enseguida. Estaré en el bar de Edward.

Don salió con el jefe de policía de la oficina.

Se separaron enseguida porque Johnson se dirigió al hotel que había enfrente.

Don se encaminó hacia el bar.

Edward lo recibió con una fría mirada al recordar que se había puesto de parte de Tim Owen en su discusión de boxeo.

—Traiga una botella de *whisky* y un vaso.

Se sentó en uno de aquellos compartimientos que estaban separados por mamparos de madera.

Edward dejó la botella de *whisky* y el vaso sobre la mesa y regresó al mostrador.

De pronto sonó el teléfono. Estaba al fondo.

Edward se movió hacia él y pronunció unas palabras.

—Eh, ¿es usted Don Trevor?

—Sí.

—Lo llaman.

—¿El jefe de policía, quizá?

—No, no es el jefe de policía.

Don sintió un estremecimiento. Si no era Martin Johnson, se trataría de alguno de los secuestradores.

Tomó el teléfono y esperó a que Edward se marchase hacia el mostrador.

—Don Trevor al habla.

—Señor Trevor, nos está ocasionando muchas molestias.

—¿A quién se las estoy ocasionando?

—Creo que usted lo sabe. Se le repitió muchas veces que se retirase de esta partida. Lo suyo son los naipes y debe limitarse a ellos.

—¿Qué más?

—Ahora las cosas se le van a poner más difíciles.

—Deje las baladronadas para cuando tenga su pie en mi cuello.

—Ya tengo mi pie en su cuello.

—No lo creo. Estoy aquí, en un bar, bebiendo *whisky* y luce un sol magnífico...

—También lo luce aquí y mi cuadro es mucho mejor que el suyo. Veo a una joven sentada en un sillón. Elsa es muy hermosa. Palabra que lo es. Tiene unos ojos maravillosos y su cuerpo es de primera categoría. Apuesto a que sabe a quién me refiero.

—Maldito sea...

Su interlocutor se echó a reír.

—No se preocupe, señor Trevor. Hasta ahora la chica se portó bien y no necesitamos hacerle daño.

—No la toquen un solo cabello.

—Eso va a resultar un poco difícil, a menos que usted se muestre complaciente.

—¿Qué quiere?

—Va a viajar adonde yo le diga.

—Está bien.

—Salga del pueblo hacia el Sur. Hay un estrecho camino que se interna en los everglades, pero es suficiente para que pase su coche. Continúe adelante. Al cabo de unas veinte millas llegará a un lugar donde hay muchos sauces. Es un pequeño lago. Deje su coche entre la maleza, que no lo vea nadie.

—De acuerdo. ¿Y luego?

—No se preocupe. Alguien se ocupará de darle la bienvenida.

—No me gusta.

—¿Por qué no?

—Alguien podría matarme, y la chica continuaría estando en su poder. Tendrá que revisar su plan.

—No, señor Trevor, no voy a hacer ninguna revisión. Pero no tiene que preocuparse por la chica, a ella no le va a pasar nada.

—No le creo.

—Tendrá que creermelo. Pero le voy a dar una respuesta que quizá le satisfaga. Nosotros nos marcharemos hoy mismo del país. Volaremos en un avión. Y la prisionera habrá dejado de ser un estorbo para nosotros... ¿Lo comprende? A ella no le tenemos miedo. Es usted quien nos preocupa...

—No soy un poli.

—No, no lo es. Eso es cierto. Pero pertenece a una fauna más peligrosa. Es un aventurero, un tipo que cuando recibe un golpe, no tiene bastante para convencerse de lo que le conviene.

—Ya había decidido retirarme del negocio.

—Eso no nos sirve a nosotros, señor Trevor. Es su piel la que queremos, ¿entiende...? Naturalmente, usted puede quedarse ahí tomando *whisky*, pero entonces ya no podrá ver de nuevo a su chica... Decida usted. Le advierto que a partir de ahora solo esperamos una hora... Una hora nada más...

—¡Espere!

Su anónimo interlocutor no esperó.

Don golpeó la horquilla, pero la comunicación había sido interrumpida.

Dejó el auricular en su sitio y volvió a su mesa.

Mientras pensaba, llenó el vaso hasta el borde y lo bebió de una sola vez.

¿Qué hacía...? ¿Por qué no se quedaba allí si no tenía opción?

No estaba muy seguro de que aquellos hampones cumpliesen su palabra con respecto a Elsa. Pero si se quedaba allí, estaba claro que la joven iba a vivir los últimos sesenta minutos de su vida.

Pagó lo que Edward le dijo y salió a la calle.

Había dejado su auto frente a la comisaría y fue hacia allí.

—Eh, señor Trevor.

Era Martin Johnson, que cruzaba desde la otra parte. Don soltó una maldición para sus adentros, porque ahora no necesitaba para nada al jefe de policía.

Johnson sacó un pañuelo y se limpió el sudor del cuello.

—En los hoteles no hay ningún forastero.

—¿Qué esperaba, jefe, que estuviesen en una habitación?

—Usted habló de dos tipos, uno que lo intentó malar y al que usted liquidó, y otro que trató de atormentar a la señorita Robinson. No pudieron llegar al pueblo como fantasmas. Nadie ha podido

darme razón de esas dos personas. Ya envié a mi ayudante a la casa rosa, pero todavía no regresó.

En aquel momento apareció un coche modelo de cinco años atrás.

—Ahí viene Louis, mi ayudante.

El coche se detuvo y saltó de su interior un hombre alto y delgado, con el cabello color de la paja. Tenía aspecto de bobalicón.

—Eh, jefe, ¿es éste el hombre que le contó la historia?

—Sí.

El ayudante miró a Trevor con los ojos convertidos en encujas. Luego se echó a reír.

—¿Qué te pasa, Louis? —rezongó Johnson.

—Allí no hay nadie, jefe.

—¿Ningún cadáver?

—Claro que no.

Trevor se pasó una mano por la cara.

—Oiga, peleé con aquel tipo, como le dije. Quería asesinar me. Lo volteeé y se desnucó. Toda ocurrió en la cocina.

—¿Fuiste a la cocina, Louis?

—Registré la casa de arriba abajo, señor Johnson. Usted sabe que esos trabajos los hago a conciencia. Pero le juro que no encontré ningún cadáver.

Don dijo:

—Eso significa que se lo llevaron después de salir yo.

Martin Johnson exhaló el aire de los pulmones.

—Va a hacer un día de mucho calor.

Don se sintió irritado.

—¿Es que no me cree, señor Johnson?

—No, no le creo.

—¿Qué iba a ganar yo diciéndole que había matado a un hombre...? Creo que es todo lo contrario, perdería mucho. Usted podía detenerme.

—Sí, puedo detenerlo, pero no por la razón que usted cree, sino para evitar que haga daño a los ciudadanos.

—¿A qué se refiere?

—¿Necesita que se lo diga? Usted puede ser un perturbado. Es lo que me pareció desde el primer momento.

—Está bien, jefe. Olvídelo. Hasta la vista.

—Eh, ¿adónde va...?

—Vuelvo a la casa rosa. Me tenderé en un diván, me relajaré y me pondré a pensar en lo corta que es la vida.

Sin agregar otra palabra, Don se metió en su auto y lo puso en marcha.

Mientras se alejaba, vio por el espejo retrovisor que los dos policías le seguían con la mirada.

Se alejó por la calleja, pero luego dio la vuelta buscando el camino sur del pueblo.

Pronto dio con él. Era muy estrecho y, de vez en cuando, el coche rozaba contra las ramas de los árboles.

Empezó a ver pájaros, cada vez en mayor cantidad. Muchos de ellos levantaban el vuelo a su paso, pero otros permanecían quietos, mirándolo, luciendo su multicolor plumaje.

Había recorrido ya las veinte millas cuando llegó al bosquecillo de sauces que rodeaban el lago.

Algunos árboles se levantaban sobre el agua.

Llevó el coche hasta la orilla, donde había mucha maleza.

Se disponía a saltar cuando oyó una voz a su espalda.

—Levante las manos, Trevor.

CAPÍTULO X

Don Trevor miró por el espejo retrovisor. Allí estaba el tipo.

Sí, debía reconocer que los jefes de la pandilla tenían variedad de elementos. Este de ahora era nuevo, un poco bajito, regordete, con labios que se curvaban hacia abajo.

—Pon las manos en la nuca y baja del auto.

—Eh, un momento —dijo Don—. Has de llevarme con tu jefe.

—Eso ya lo veremos.

Trevor soltó una retahíla de imprecaciones. Si aquel asesino disparaba sobre él allí mismo, se habría acabado la historia y Elsa continuaría en poder de sus secuestradores. Pero no tenía más remedio que obedecer.

Tenía una pistola en el bolsillo de la chaqueta, pero ahora no le servía para nada.

Puso las manos en la nuca y descendió del auto.

El sujeto regordete cabeceó.

—Ahora ponte a cuatro patas.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. A cuatro patas, como un borrego.

—¿Para qué quieres que haga eso?

—No preguntes y obedece.

Don se inclinó y apoyó las palmas de las manos en el suelo.

—No te muevas —dijo el gordito y se dirigió hacia él.

De pronto, el gordito le pegó un puntapié en el vientre.

Don no esperaba eso. Creyó que se moría. Se derrumbó aplastando la cara contra el suelo.

En esa posición, el asesino le soltó otro patadón, ahora en el costado.

Don creyó que le fracturaba al menos seis costillas.

Su agresor rió por lo bajo.

—Eso te debe enseñar quién es el amo y quién el criado.

Don sintió que se agachaba sobre él y lo registraba.

—Vaya, traías un «quitapenas» para darme una sorpresa.

Don lo maldijo para sus adentros, porque no podía articular palabra.

Ahora sólo faltaba que el gordito le disparase un tiro.

—Ponte boca arriba, Trevor. Don se dio la vuelta trabajosamente. Entonces el gordito le apuntó con la pistola a la cabeza.

Don vio el negro agujero del que iba a salir de un momento a otro la bala.

—Llegaste muy lejos, Trevor —dijo el gordito—. Te ganaste una buena recompensa y yo te la voy a dar.

Don dedicó un último pensamiento a Elsa.

—Anda, levántate.

Don se quedó sorprendido.

—He dicho que te levantes. El jefe quiere hablar contigo.

Don se incorporó pero tuvo que apoyarse en un árbol cercano porque su pecho le dolía tanto que, al faltarle el aire, fue a caer de nuevo víctima de un súbito mareo.

—Echa a andar.

—Espera un momento. ¿No ves que no puedo moverme?

—Eres demasiado blando. Sólo te golpeé dos veces. Don sonrió con sarcasmo.

—Sí, fueron dos veces, pero ni una mula me hubiera hecho más daño.

El gordito rió otra vez.

—Tengo mucha fuerza en los brazos y en las piernas. Hago gimnasia todos los días. Tres horas, ¿sabes?

—Te felicito por cuidarte tanto.

—Venga ya. No te demores más o te tumbo aquí. No tengo inconveniente en hacerlo. Luego le diré al jefe que trataste de meterme una bala en la barriga. Al fin y al cabo, traías una pistola.

—No te preocupes, iré contigo. Ya estoy listo.

—Sigue hacia adelante, pero no corras demasiado ni tampoco te retrases.

—No conozco el camino.

—Yo te lo iré indicando. Tienes que cambiar hacia el árbol más alto.

Don asintió con la cabeza y se puso en marcha. Cuando llegaron al árbol más alto, el gordito le dio una nueva orden.

Poco después, Don descubrió una cabaña en el claro. En el porche había dos mecedoras que estaban vacías.

—¿Es ahí donde vamos?

—Sí, muchacho. Es ahí.

La puerta de la cabaña se abrió.

Salió un hombre alto que se cubría con un traje tropical.

Poseía el cabello rubio y ojos muy azules.

—¿Te resultó difícil, Max?

—No, el chico fue obediente.

Trevor miró al rubio.

—¿Quién es usted?

—Paul Herr.

—¿Dónde está la chica?

—Ahí dentro.

—Quiero verla.

—Todavía no.

—¿Qué quiere ahora?

—¿Por qué habló con el jefe de la policía de Alvarado?

—Para informarle de que la muchacha había sido secuestrada.

—Es usted un imbécil. Eso no me gustó nada.

—Hablé con el jefe de la policía antes de que usted me llamase por teléfono al bar de Edward. Ya no podía echar marcha atrás, pero de todas formas puede descansar, Paul. El jefe de policía cree que soy un perturbado.

Paul se dirigió a Max.

—¿Vino solo?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Nos quedamos allí un buen rato, como tú ordenaste, Paul. Quería asegurarme de que nadie le seguía los pasos. Lo tumbé por un rato para dar tiempo a que apareciese alguien. Conozco bien el oficio.

—Está bien, Trevor. Ande, entre.

Subió al porche y pasó por el lado del rubio.

Entró en la cabaña. Entonces se detuvo como paralizado. Allí había un hombre y una mujer, pero ella no era Elsa, sino Jeanne.

* * *

—Jeanne, ¿qué haces aquí?

—Me secuestraron.

—¿Dónde?

—En Tampa.

Don se volvió hacia el rubio, que lo mismo que Max, había entrado tras de él.

—¿Ésta es la chica que secuestró?

—Sí, claro, la suya.

Don cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

Así que no era Elsa. Desde que Elsa desapareció y, más tarde, habló con aquel tipo por teléfono, no tuvo duda de que era ella la que había sido raptada.

Sintió ganas de reír, pero desistió al pensar que las cosas no iban a cambiar mucho para él.

Miró al otro hombre, al que hacía compañía a Jeanne. Era muy pequeño con cara avinagrada.

Preguntó a Paul Herr:

—¿Es éste Lee Scott?

—No, Lee no está. Éste es Douglas, un chico que se muere por las muchachas como Jeanne McCay.

—Está bien, Paul. Ya la puede soltar.

—¿Por qué?

—Porque me tiene a mí.

—No sea estúpido.

—Fue lo acordado.

—Apuesto a que no pensó que yo cumpliría mi palabra.

—No importa que yo piense que es usted un hijo de perra. Lo importante es que Jeanne no les puede hacer daño a ustedes.

—Deje que sea yo quien decida esto.

—Está bien, como quiera... —Don hizo una pausa—. ¿Me da un trago de agua? Tengo la boca reseca.

—Anda, Douglas —dijo Paul—. Tráele un vaso de agua.

Douglas rezongó una maldición por lo bajo y se fue a la cocina.

—¿Cuál es su plan, Paul? —preguntó Trevor.

—¿Para qué lo quiere saber?

—Dijo que huirían en avión.

—Sí, eso es lo que vamos a hacer.

—¿Cuándo?

—Dentro de una hora.

—¿Dónde están las joyas?

Paul soltó una risita entre dientes.

—No espere que se lo diga.

Jeanne intervino:

—Oiga, señor Herr... Trevor se metió en este negocio porque mataron a su amigo Eddie, pero él me dijo muchas veces que le traía sin cuidado lo que ustedes se llevasen entre manos. Ustedes van a huir. No hace falta que lo mate.

Paul no dijo nada y Don sonrió a Jeanne.

—Será mejor que te estés callada. Para esta clase de gente no valen las apelaciones.

Douglas llegó de la cocina con el vaso de agua.

Don fue a salir a su encuentro, pero Max le habló por detrás de él.

—Quédate ahí quieto.

—¿Cómo quieres que beba el agua?

—Anda, Douglas, deja el vaso sobre la mesa y luego aléjate. A este chico le gustan mucho los trucos.

Douglas dejó el vaso sobre la mesa e hizo una invitación a Don con la mano para que lo cogiese.

Don tumo el vaso y bebió hasta dejarlo vacío.

—Cuidado con el vaso ahora —dijo Max—. No trates de utilizarlo como proyectil.

—No soy tan tonto —dijo Don y volvió a dejar el vaso en la mesa.

Paul consultó su reloj.

—Se está demorando demasiado.

—¿Puedo hacer una pregunta, Paul? —dijo Don.

—Ande, hágala.

—¿Quién mató a Eddie?

—El Gordo se debió ir de la lengua. Alguien supo la clase de negocio que nosotros habíamos hecho y decidió liquidarnos.

Entonces empezó con Eddie.

—¿Espera que lo crea?

—Es cuestión suya creerlo o no.

—¿Por qué no confiesa que usted lo mandó matar?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Por un cuarto de millón.

—Yo también tenía un cuarto de millón y no necesitaba la parte de Eddie.

—Entonces lo debió hacer Lee.

—No, no creo que él lo hiciese tampoco.

—Se cargaron también a James Le Roy y lo hicieron ante mis narices.

—¿Vio al que disparaba?

—Claro que sí, a un empleado del propio Le Roy, un tipo alto al que yo tumbé un segundo después.

—Quizá ese empleado tenía algún asunto privado con su jefe.

—Tiene una explicación para todo, Paul, pero ésa es tan débil como la que le sirvió para justificar la muerte de Eddie.

—No hay otra que ofrecer.

—Usted y Lee son un par de cínicos. Se cargaron a Eddie y a Le Roy por pasar del cuarto de millón a los quinientos mil dólares, y eso ya es dinero.

—Puede pensar lo que quiera, Trevor. Después de todo se va a ir al otro mundo.

—¡No! —gritó Jeanne.

—Te dije que callases, nena —repuso Trevor.

Paul señaló la puerta.

—Esperaré en el porche. Ya sabes lo que tienes que hacer, Max. Mátaalo con una sola bala. Es lo menos que podemos hacer por un tipo tan listo como él —esbozó una sonrisa y salió de la cabaña.

Max levantó la pistola para disparar sobre Don.

De pronto sonó un estampido, pero venía de fuera.

Paul se tambaleó en el porche y entró otra vez en la casa.

Todos pudieron ver que había sido alcanzado en el pecho. Un trozo de su camisa estaba manchado de sanare.

—Maldito sea... —dijo—. Lee me traicionó... Cuidado, muchachos... Es él...

Luego se derrumbó en el suelo y quedó inerte.

—Vigila tú a esos... —dijo Douglas a Max, y corrió hacia la ventana.

Miró fuera durante un par de minutos.

—No se ve a nadie —dijo—. Ese cochino de Lee debe estar escondido. Será mejor que veas si Paul vive.

Max se acercó al cuerpo tendido y se agachó. Después de tomarle el pulso dijo:

—Ya empieza a enfriarse.

—Lo malo es que no sabemos dónde están las joyas —dijo Douglas.

—Ese puerco de Lee nos la va a pagar.

—Sí, tendremos que salir en busca de él.

Los dos miraron a un tiempo a los prisioneros.

Don supo lo que pasaba por sus mentes. Los iban a matar antes de emprender la caza de Lee Scott.

—Eh, muchachos, esperen un momento —dijo—. Yo sé dónde están las joyas.

Max y Douglas se miraron rápidamente y el primero dijo:

—No lo creas, Douglas.

—Claro que no —repuso Douglas—. Saben que los vamos a matar y se quiere coger a un clavo ardiendo.

—Eddie me lo dijo —habló Don.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Dónde estaban las joyas.

—¿Dónde?

—No lo diré.

—Lo dirás si te meto una bala en los intestinos —sonrió Douglas.

—Te juro que no lo diré ni con una bala en las tripas. Os llevaré al lugar donde están las joyas, me daréis una parte y yo me largaré con Jeanne.

Max gritó:

—¡Nos está colocando un cuento, Douglas! ¡Este tipo no puede saber dónde están las joyas! Don se apresuró a decir:

—¿Y por qué vine a Alvarado? Yo os lo diré... Porque sabía dónde encontrar el botín.

—Parece sensato —comentó Douglas.

Max apretó con firmeza la culata de la pistola.

—Douglas, ¿es que estás chiflado? Este tipo sólo es un

entrometido. No sabe una palabra del escondite de las joyas. Por eso le voy a pegar un tiro si no se lo pegas tú.

—Le daremos una oportunidad.

—No se la daremos.

—No cuesta ningún trabajo, Max. Si vemos que el chico titubea un instante, nos lo cargamos. El está desarmado y nosotros tenemos una pistola cada uno. No tiene escapatoria.

Max sopesó la propuesta de su amigo y por fin se dirigió a Don:

—¿Dónde están las joyas?

—Ya os he dicho que no lo sabréis.

—Me refería a la distancia que se encuentran de esta cabaña.

—Dos millas.

—¿En qué dirección?

—Éste.

Max miró a Douglas y éste le sonrió.

—Después de todo, el chico parece que dice la verdad. Paul dijo que el avión espera unas cinco millas al Este.

Max dio una patada en el suelo.

—Maldita sea... Nunca me ha gustado que nadie me tome el pelo y tengo la impresión de que este tipo nos toma por tontos.

—Te he dicho que con probar nada se pierde. Haremos el viaje de dos millas y si Trevor nos ha engañado, será la última vez que lo haga durante su vida.

Max se fue hacia la ventana y miró otra vez fuera.

—¿Dónde se habrá escondido ese puerco de Lee? ¿Cómo quieres que vayamos por ahí mientras él está agazapado? Podría matarnos sin correr ningún riesgo.

—¿Es que no te das cuenta, Max? No encontraremos a Lee en el camino. El ya se fue al escondite porque tumbó a Paul.

—Podrías acertar.

—Claro que acierto. Lee supone que nosotros no conocemos el camino para llegar al escondite. Podemos ir tranquilamente y sorprender a ese puerco con las manos en la masa.

—Está bien, vamos cuanto antes.

Max se dirigió a los jóvenes.

—Ya lo habéis oído, moved las piernas. Y tú, Trevor, empieza a rezar una oración si nos has colocado una fábula.

Trevor tomó a la joven del brazo y ambos salieron de la cabaña

seguidos por Max y Douglas que continuaban empuñando la pistola. Douglas cogió una pala que estaba tirada en el porche.

Trevor apretaba los maxilares con fuerza. Tendría que recorrer dos millas al Este y se enfrentaría una vez más con la muerte.

CAPÍTULO XI

Ya habían recorrido una milla cuando Jeanne dio un grito y se desplomó en el suelo.

Don se detuvo para ayudarla a levantarse.

Los dos hombres habían retrocedido rápidamente.

Max dijo:

—Es una trampa, Douglas. A ella no le pasó nada. Se dejó caer para darle una oportunidad al muchacho.

—Tropecé con una raíz —exclamó la joven—. ¿Es que no la ven ahí en el suelo? Sobresale casi un palmo.

Don también estaba dispuesto a jurar que Jeanne se había dejado caer en el suelo para que él pudiera escapar, pero no lo había intentado porque eran dos las pistolas que tenía a su espalda. Con mucha suerte podría burlar un arma, pero no la segunda, para eso habría sido necesario un milagro.

—Procura no caerte otra vez, nena —dijo Douglas—. No me gustaría que te lastimases.

Don comprendió el sentido de las palabras de Douglas. Quería para sí a la muchacha. ¿No le había dicho Paul que Douglas era aficionado a las hermosas chicas como Jeanne?

Continuaron el camino y al cabo de un rato, Max dijo:

—Alto.

Don volvió la cabeza.

—¿Por qué nos detenemos?

—Ya hemos recorrido dos millas.

—Yo creo que no.

—Las medí bien.

—¿Con qué lo mediste?

—Con mis pasos.

—Eso es casi un chiste. ¿Cómo sabes que son dos millas? Está un poco más adelante.

—¿Cómo cuánto más?

—Unas cien yardas.

—Está bien, vamos a recorrer esas cien yardas, pero ahora pienso más que nunca que nos engañaste.

—Te demostraré que te equivocas, Max.

—Adelante —dijo Douglas.

Don tomó del brazo a Jeanne y continuó andando.

—Don —dijo Jeanne por lo bajo—. No sabes dónde están. Es una trampa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Justamente te lo iba a decir. Cuando yo salte sobre los dos, tú echas a correr.

—No haré tal cosa.

—Lo harás, maldita sea.

—¿Qué murmuráis por lo bajo? —gritó Douglas.

—Le decía a Jeanne que, con nuestra parte del botín, la llevaré a Miami y le compraré un abrigo de visón.

Douglas sonrió mostrando los dientes cortantes como una sierra.

—Y también le habrás dicho que le compraras un «Cadillac».

—No, hay otros coches que resultan más económicos y corren tanto o más que un «Cadillac».

—Tú no le vas a comprar nada.

Torr aprovechó la oportunidad para detenerse.

—Eh, Max, he consentido en traeros al escondite de las joyas con la condición de que me deis una parte.

—Claro que sí, vas a tener una parte.

—Douglas no comparte tu opinión.

—Douglas se conformará con lo que yo ordene. El sabe que ahora que está muerto Paul, yo soy el jefe, y el jefe es el que da las órdenes en una pandilla.

Don miró a Douglas, que estaba callado.

—¿Conforme, Douglas?

—Vete al infierno.

Max dio un suspiro.

—Douglas, debes ser un poco más comprensivo. El muchacho es

nuestro socio.

—Oh, sí, desde luego.

Max sonrió a Don.

—Ya lo has oído, Douglas entra en el arreglo. Y ya basta de interrupciones. Deben faltar veinte yardas, recuérdalo. Ni una más.

Aquella zona estaba poblada por una vegetación lujuriente y Don pensó que era la más apropiada para sus propósitos.

Tomó la mano de Jeanne y la apretó con suavidad.

—Prepárate, nena.

—No.

—Tienes que huir.

—No. Yo saltaré sobre uno y tú sobre otro.

—No puedes hacer nada por mí, Jeanne.

—Se trata ahora de la vida de los dos. Si a ti te pasase algo, me darían caza enseguida. Yo no podría ir muy lejos.

Llegaron ante un tronco podrido de un árbol. Estaba medio sumergido en un charco de fango.

—Es aquí —dijo, deteniéndose:

Miró las caras de Max y Douglas. La de Douglas sonreía, pero la de Max estaba muy seria.

—Aquí no se puede esconder nada —dijo Max.

—Está en tierra firme, a la derecha del tronco.

—Comprueba si es tierra firme, Douglas. —Sí, ya voy.

Douglas se movió en semicírculo para no cruzarse entre su amigo y los prisioneros. Al llegar junto al tronco, golpeó la tierra con la pala.

—Trevor tiene razón. Es tierra firme.

—Es otra cosa más importante lo que tienes que observar. Si fue removida recientemente.

Douglas parpadeó mientras examinaba la tierra. Se puso en cuclillas.

—Es blanda pero está cubierta de yerba.

Max hizo rechinar los dientes.

—Nos la pegaste, Don.

—Claro que tiene yerba —repuso Don—. El botín fue escondido hace unos cuantos meses. Lo extraño es que no haya arbustos. Ha habido mucho tiempo para que la yerba crezca. ¿Es que no conoces lo que es Florida? Por todas partes hay vegetación. Llueve varias

veces por día, aunque sean cortos chaparrones, y el sol hace lo demás.

Max sacudió la cabeza.

—Ahora lo veremos. Anda, Douglas. Cava con la pala. Douglas dejó la pistola en el suelo y atrapó con las dos manos el mango de la pala. Se puso a cavar.

Sólo una pistola estaría en juego durante los minutos que Douglas tardase en sustituir otra vez la pala por la pistola.

Don no podía desaprovechar aquella oportunidad.

—¿Tienes un cigarrillo, Max?

—¿No te quedan de los tuyos?

—Sí, claro, pero imagino que no querrás que meta la mano en el bolsillo.

—Ya te registre y sé que no guardas ningún arma.

Don sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Fumas tú, Jeanne? —dijo.

—Sí, también fumaré —contestó la joven.

Después de que se sirvieron los dos, Don guardó el paquete.

—No tengo fósforos —dijo—. Dámelos tú, Max.

El aludido se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una caja de fósforos que arrojó al aire.

Don la cazó al vuelo y encendió un fósforo.

Acercó la llama a Jeanne, quien encendió. A continuación, encendió él.

Devolvió la caja de fósforos a Max tirándola al aire.

Cuando Max iba a coger los fósforos, Don ya estaba saltando sobre él.

Al mismo tiempo, Jeanne echó a correr y saltó como una tigresa sobre Douglas.

Max y Don chocaron en el aire. La pistola se disparó.

Max y Douglas rodaron por el tronco del árbol y cayeron al fango.

Don logró conectar un puñetazo en la cabeza de Max.

La pistola fue a parar a tres yardas y en un instante fue tragada por la arena movediza.

Jeanne había pegado un zarpado en el cuello de Douglas, el cual cayó hacia atrás soltando un aullido.

Jeanne empuñó la pistola. Sin pestañear, se volvió y disparó a

boca de jarro sobre Douglas, el cual había levantado la pala para aplastarle la cabeza.

El asesino se tambaleó al recibir dos balas en el estómago.

Don había logrado atrapar a Max por el cuello.

Entonces le golpeó la cabeza contra el tronco que estaba al lado. Max puso los ojos en blanco y perdió el sentido.

Don se incorporó y fue al lado de Jeanne sonriendo.

—Fuiste muy valiente, Jeanne.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Don dirigió una mirada a su alrededor.

—Creo que ya no podemos hacer nada. Lee Scott mató a Paul Herr y con eso ha quedado como único superviviente de la pandilla. Imagino que es el único en saber dónde están las joyas. Habrá ido a desenterrarlas y luego escapará.

—Pero ellos dijeron que el avión estaba a cinco millas de la cabaña.

—Sí, ya lo he tenido en cuenta.

—¿Por qué no vamos allí?

—Podría ir pera temo por ti.

—Yo creo que vale la pena que vayamos los dos. Según he leído muchas veces en los periódicos, cuando se recupera el botín de un robo dan un diez por ciento. ¿Te das cuenta, Don? Son cien mil dólares que podíamos repartir entre tú y yo.

Don chascó la lengua.

—Jeanne, sé todo eso, pero ríó sé si por cien mil dólares vale la pena que tú y yo nos sigamos jugando la piel. No sabemos si Lee está solo.

De pronto, Don se acordó de Elsa. ¿Y si después de todo Lee la había secuestrado? Tenía que haber sido así, ya que nadie en el pueblo le había sabido dar razón de la joven. ¿No era después de todo Elsa la investigadora de la casa de seguros interesada en la recuperación del botín por el que habían pagado un millón de dólares a su propietario?

—Está bien. Iremos en busca de Lee Scott.

CAPÍTULO XII

Vieron la avioneta. Estaba a la izquierda.

Un hombre manejaba unos bidones de gasolina. Estaba llenando el depósito.

Más allá, a la derecha, se veía una cabaña muy parecida a la que había muerto Paul Herr.

Don puso una mano en el hombro de Jeanne y la hizo volverse hacia él.

—Jeanne, te voy a hablar muy en serio.

—Dime, te escucho.

—Te vas a quedar aquí mientras yo voy a la casa. Vigilarás al tipo del avión. Si trata de ir allí le sales al encuentro y le detienes.

—¿Con qué lo voy a detener?

—Con esta pistola.

—Oh, no, la tienes que llevar tú, Don. Sólo tenemos un arma y, si vas a la cabaña, te será mucho más necesaria a ti... Tengo otra idea... Tú te llevas la pistola. Si veo que el hombre del avión va hacia la cabaña, silbaré como un pájaro.

Jeanne se puso a silbar. El hombre del avión volvió la cabeza.

Don se agachó, dando un tirón fuerte de Jeanne y arrojándola al suelo.

—Buena la has hecho.

—No seas tonto, creará que es un pájaro.

Don apartó unos arbustos y miró hacia el hombre, el cual continuaba haciendo su trabajo.

Expelió el aire que tenía en sus pulmones.

—Si, por lo visto lo creyó.

—¿Lo ves?

—Está bien, silbarás si el tipo va hacia la cabaña. Estaba casi

encima de ella mirando sus ojos y la besó en la boca.

Luego se levantó y, sin que mediase otra palabra, se apartó de la joven y desapareció entre los arbustos.

Quería dar la vuelta a la cabaña para examinar el Terreno.

Vio una ventana que estaba abierta y corrió hacia allí agachado.

Llegado a la pared de madera, se detuvo. Se levantó poco a poco y miró al interior. En la habitación no había nadie.

Saltó el alféizar y se coló dentro. Luego se acercó a la puerta y abrió poco a poco.

Vio un comedor. Sentado ante una mesa había un hombre que estaba contemplando un montón de joyas depositadas sobre una gamuza. Al lado había abierto un maletín.

Don se dejó ver.

—Muy hermoso, Lee —dijo.

El hombre dio un respingo. Tenía la barba crecida y los ojos brillaban mucho.

—Eh, ¿quién es usted?

—Usted lo sabe bien.

—¿Qué voy a saber? No Lo he visto en mi vida.

—Don Trevor.

—Ese nombre no me dice nada.

—¿Dónde se dejó a Elsa?

—Oiga, usted debe estar chiflado.

Don le tiró el puño izquierdo a la cara. Lee, alcanzado en el pómulo, cayó de la silla. Movié la mano hacia la pistola que tenía en el cinturón.

—No haga eso o lo coso contra los listones —advirtió Don.

Lee apartó la mano de la pistola.

—¿Qué diablos quiere?

—Las joyas.

—No puede quitármelas.

—Oh, sí, claro, no puedo quitárselas porque usted las robó con otros tres.

Lee se levantó respirando agitadamente.

—Ya supimos que mucha gente acudiría al olor de nuestro botín, pero no se preocupe, tendrá su parte.

—No voy a tener una parte.

—¿Es que quiere quedárselo todo?

—Sí, Lee...

—No puede hacernos esto.

—¿Hacernos? ¿A quién se refiere aparte de usted?

Lee dejó correr unos segundos.

—No diré nada.

—¿Quizá se refiere a Eddie *el Gordo*, a James Le Roy y a Paul Herr?

Lee entornó los ojos.

—Usted, al parecer, lo sabe todo.

—Sí, sé que esos tres hombres que nombré y usted cometieron el robo de las joyas Ferguson.

—Bueno, ya que lo sabe, no hay inconveniente en seguir hablando. Cada uno de nosotros tenemos una parte. No tengo inconveniente en cederle un diez por ciento de la mía. Supongo que los otros estarán de acuerdo.

—¿Qué clase de bicho es usted, Lee? Ha ido matando uno a uno a sus cómplices.

Lee se quedó con la boca abierta.

—¿Qué dice, Trevor?

—Como actor es genial, lo reconozco. Debió dedicarse al teatro y no al asalto.

—Maldita sea, no sé una palabra de lo que está hablando.

—Empezó por matar a Eddie *el Gordo*.

—No.

—Le mandó a dos asesinos profesionales, un tipo alto con ojos de pedernal y a un rubio que parece un sádico.

—No he visto a esos tipos en toda mi vida.

—Luego compró a un empleado de James Le Roy.

—No compré a nadie.

—Ese empleado mató a Le Roy cuando se disponía a contarme la historia del robo. No le dejó cantar porque a usted no le convenía.

Lee movió la cabeza en sentido negativo.

—No hice tal cosa.

—Por último, se cargó hace apenas una hora a su amigo Paul.

—¡Diga que me está engañando! ¡Dígallo, maldita sea! ¡Paul no puede haber muerto!

—Es un hipócrita. Usted mismo lo tumbó metiéndole una bala en el pecho.

—No me he movido de esta casa... ¿Dónde murió?

—A cinco millas de aquí, en la cabaña que existe en aquel lado. Lee se pasó una mano por el cabello.

—Oiga, es como si me estuviese hablando en japonés.

—Imagino que tampoco sabe nada de la señora Shore.

—¿Quién es la señora Shore?

—La supuesta ciega que me estaba esperando en el número 227 de la calle Oxford, en Tampa.

—Lo crea o no, tampoco conozco a ninguna señora Shore.

—Ni a los tres fulanos que trataron de matarme camino de Alvarado.

—No sé una palabra de eso.

—Debe sufrir amnesia, Lee, pero yo lo voy a curar. Usted no se va a llevar ni un gramo de estas joyas.

Los ojos de Lee brillaron con fiereza.

—Voy a suponer que dice la verdad, Trevor. Eddie murió y también Le Roy y Paul están muertos. Esas joyas valen un millón de dólares... Serán para nosotros, para usted y para mí. Creo que es justo.

En aquel momento, se abrió una puerta por detrás y una voz varonil dijo:

—Tire esa pistola, Trevor. Rápido.

Don abrió la mano y dejó caer la pistola. Volvió la cabeza. El hombre que lo amenazaba era un viejo canecido suyo. El alto de los ojos de pedernal.

—Caramba, hace mucho tiempo que no lo veía.

Por detrás del alto apareció el rubio de los ojos verdosos. Tenía su sonrisa de siempre.

—Eh, Trevor —dijo el alto—. Corrió mucho, más de lo que habíamos pensado. Llegó hasta las joyas.

Don se volvió hacia Lee.

—Puede estar satisfecho. Por un momento pensé que me decía la verdad.

Lee pestañeó.

De pronto sonó un estampido.

Don vio cómo la camisa de Lee se teñía de rojo, mientras retrocedía hacia la pared. Luego cayó de rodillas.

Don no se volvió porque sabía que la próxima bala sería para él.

Lee rodó por el suelo y quedó boca arriba pero todavía no había muerto. Clavó los ojos en Trevor y dijo:

—Estos hombres... ahora los veo... por primera vez. Yo no maté a nadie...

Luego expiró.

Don dio la vuelta poco a poco, enfrentándose con los dos fulanos.

La pistola humeaba todavía.

—Puede salir, patrón —dijo el rubio—. Aquí tiene las joyas.

Don oyó pasos y por entre los dos hombres apareció Elsa.

—Hola, Don —dijo con una sonrisa.

Trevor se quedó inmóvil. Tuvo la impresión de que por sus venas corría sangre helada. Se había quedado sin habla.

Elsa pasó por su lado y se acercó a la mesa. Tomó con sus manos una diadema y se la puso en el cabello.

—¿Qué tal estoy, Don? ¿No te parezco una princesa?

Don no pudo contenerse. Le soltó una bofetada con todas sus fuerzas.

La joven cayó al suelo.

El rubio dijo a espaldas de Don:

—Ahí tienes el premio por pegar al patrón. Una bala que te va a reventar la cabeza.

Don no hizo nada por defenderse porque nada podía hacer, pero miraba con desprecio a Elsa, la mujer que lo había engañado. Ella se levantó con fiereza.

—No lo mates, Milk.

—¿Por qué no?

—Porque lo quiero matar yo.

El rubio se echó a reír.

—Entonces, se lo respetaré.

Elsa puso los brazos en jarras y se detuvo ante Don.

—¿Es que no te gustó el número? Deberías estarme agradecido. Te pude estrangular esta noche o levantarte la tapa de los sesos con tu propio revólver, y sin embargo, te dejé vivir después de haberte dado amor...

—Yo sé por qué me dejaste vivir, para tu propia satisfacción, pero luego me mandaste un asesino apenas saliste de la casa.

—Es cierto, ya no me servías.

—¿Qué clase de mujer eres tú?

—Una que va a ganar un millón de dólares.

—Te has llenado de sangre hasta el cuello.

—Creo que ha valido la pena. Mira esas joyas y te convencerás.

Don no miró las joyas. Respiró profundamente y luego dijo:

—Los fuiste matando para quedarte con todo. Te salió bien, lo reconozco.

—¿Te gustó la preparación de mi secuestro? Aquel hombre malo me iba a quemar la piel con su cigarrillo.

—Debió pegarte fuego desde los pies.

—Es lo que voy a hacer yo contigo, meterte balas en el cuerpo desde las rodillas hasta el corazón.

—Sí, te creo capaz de ello. Pero, dime, ¿qué vas a decir a la compañía aseguradora?

—Que los ladrones se llevaron las joyas o que se perdieron en alguna parte.

—¿Y el hombre de la avioneta? Imagino que fue contratado por Lee.

—Ya está muerto. Milk acaba de pegarle un golpe en la cabeza.

—Sí, debí comprender que a ti un muerto más o menos no te importaba. ¿Quién era Carole Shore?

—Una mujer que contraté como a los demás.

—¿Por qué mataste a la pelirroja que me quitó el maletín en la habitación de Eddie *el Gordo*?

—Ella jugaba por su cuenta. Había sido novia de Eddie cuando estaban preparando el golpe y tu amigo le debió contar alguna cosa. La muy estúpida de la pelirroja pensó que podía conseguir el botín solita, pero mis chicos le demostraron que era demasiado bocado para ella.

Jeanne saltó al interior de la cabaña. Tenía una pistola en la mano e hizo fuego.

Alcanzó al rubio en la cara y lo tiró para atrás.

El alto fue pillado por sorpresa y dio tiempo a que Don se abalanzase sobre él.

En el mismo instante en que hacía fuego, Don le movió la mano.

Sonó un aullido. Elsa había sido alcanzada por el proyectil.

Don y el alto dieron vueltas sobre el suelo.

Sonó un estampido. Trevor había vuelto la pistola hacia su rival

y la bala entró a éste por el maxilar inferior y quedó alojada en el cerebro porque no salió.

Elsa aullaba como una perra.

Había recibido el plomo en el vientre. Sus dedos estaban ensangrentados porque se apretaba el agujero por donde le salía la sangre a borbotones.

Don caminó hacia la mujer que había seguido un camino de muerte para llegar a las joyas valoradas en un millón de dólares.

—Tú te lo buscaste, Elsa.

La joven lo miró con los ojos llenos de odio.

—Maldito, tú tuviste que ser... La culpa fue mía... por no haberte matado la noche pasada cuando dormías... Tuve intención de hacerlo... Estas joyas son mías... Tengo más derecho que nadie a ellas... Nadie me las puede quitar...

Trató de incorporarse y alargó las dos manos para apoyarse en la mesa.

De pronto se detuvo y se derrumbó en el suelo.

Quedó boca arriba, los ojos abiertos.

Don se los cerró.

—No pude silbar, Don —dijo Jeanne—. Me quedé sin aire cuando vi a estos fulanos. Mataron al piloto... Pero le dejaron una pistola...

* * *

Don había cobrado los cien mil dólares, pero tenía un socio que compartiría con él la recompensa.

Jeanne miró el cheque que el director de la Fidel is había entregado a Don.

Estaban en un corredor y acababan de salir del despacho donde se habían entrevistado con el alto jefe de la compañía de seguros.

Don chascó la lengua.

—Se me ocurre una cosa, Jeanne... Hay un amigo que me ofrece en traspaso una estación de servicio de California, cerca de Los Ángeles. Haremos algunas reformas. Bueno, quiero decir que tú y yo podríamos hacernos cargo del negocio.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego.

La joven dio un cómico suspiro y dijo:

—Bueno, creo que al fin y al cabo, mi suerte estaba ligada a la de un patrón, dueño de una estación de servicio.

—Bueno, hay una pequeña diferencia... Esta vez tu patrón será tu esposo.

Don pasó un brazo por el talle de Jeanne, la apretó contra sí y la besó en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).